

BITÁCORAS

(2024-2025)

BITÁCORAS

(2024-2025)

Mario Ramírez



EDICIONES MEMORIA

Edición: Mario Ramírez

Diseño de exterior: José Luis de Cárdenas

Cubierta: Ilustración de José Luis de Cárdenas creada especialmente para el texto “La caverna”

Contracubierta: Fotografía de Mario Ramírez

© Ediciones Memoria, 2025

© De las entrevistas: Anamely Ramos y Austin Llerandi

© De las ilustraciones: José Luis de Cárdenas

© De las fotografías: Luis Carlos Hernández, Juan Pablo Estrada y Aliannis Sarduy

ISBN: 978-1-965745-87-8

Nota

He escrito estas bitácoras —la sección en realidad se llama *Bitácoras del Director*— al unísono de la travesía, no desprovista de tormentas y climas airados, que ha sido el primer año del proyecto Memoria Cívica. Venía del periodismo independiente, donde debía relatar a mis paisanos la difícil cotidianidad de la Cuba de hoy, por lo que desprenderme de esa dimensión informativa y criteriológica me parecía una escisión innecesaria en mi nueva misión. Antes bien, he tenido el privilegio de comprobar cómo estos compases que intento sobre la realidad cubana se acoplan al empeño principal de MC, que no es otro que el de vincular pasado y presente de la isla, con la brújula siempre orientada hacia el futuro. Si al menos he logrado comunicar mi alegato personal de la esperanza, me doy por satisfecho. Y que el viaje continúe...

M. R.

<M>
POR UNA
MEMORIA
CÍVICA
>>>>

Por una memoria cívica

No se trata de una arqueología del pasado, ni de un revisionismo histórico con aires académicos. Algunos nos preguntamos si no sería más útil apostar por una memoria cívica. Al menos para los cubanos, nuestro extravío en el curso de la historia ha venido de la mano de nuestras irresponsabilidades cívicas, desde el momento en el que conquistamos una República en 1902, hasta el desastre revolucionario del '59. Cumplidas más de seis décadas de experimento socialista, somos una nación atrasada, en la que apenas recordamos lo que es ser, con todas las letras, ciudadanos.

Resultaría provechoso que, ahora mismo, nos pusiéramos en la tarea de recordarlo. Una nación, incluso una como esta desmembrada por el autoritarismo y el éxodo, puede salvarse acudiendo a la memoria, pero no como remembranza pasiva de valores y errores pretéritos, sino como *reacción* puntual ante ese acervo que nos precede e interroga. En Memoria Cívica, el proyecto que nace justamente hoy, nos proponemos eso.

Una plataforma que reúne ediciones de libros, podcasts, artículos, videos, cursos, archivos y una biblioteca de autores cubanos, puede ser un buen comienzo para el propósito de una educación ciudadana que logre curarnos de ideología y nos permita pensar, opinar y participar en la construcción de la sociedad que queremos.

Teselar los fragmentos dispersos, y en muchos casos tergiversados, de nuestra civilidad, es ya un acto de civismo. En una Cuba en la que una parte significativa de la sociedad civil ha despertado a la protesta y se ha abierto, al fin, al mundo, son imprescindibles las reflexiones so-

bre el pasado y el presente, en aras de comenzar a cimentar el edificio de la nación futura.

Incluso en un entorno hostil al ejercicio de las libertades ciudadanas como el que padecemos en la isla, se puede fomentar y sostener una actitud de civismo. Con ese propósito, pretendemos tomarles el pulso a las acciones cívicas que, cada año más numerosas —y en algunos casos más influyentes— acontecen dentro de la sociedad cubana. Al mismo tiempo, queremos dejar abiertas las puertas del pensamiento cívico, para que lo razonado no sufra de la estatuificación, ese vicio nuestro. Queremos escuchar, y *actuar*.

Sirvan al desarrollo de estas ideas los recursos que ofrecemos, a disposición de cualquier cubano que aspire a vivir en una Cuba justa y democrática. La memoria cívica nos pertenece a todos y en ese campo de batalla el régimen sigue ufanándose en su manipulación. Es hora de que actuemos.

El pueblo libre de Cuba está con Venezuela

Desde el pasado 28 de julio el pueblo de Venezuela vive intensas jornadas cívicas en todo el país. Con más del 65% de los votos, el candidato opositor Edmundo González Urrutia, representando a la Mesa de la Unidad Democrática ganó las elecciones presidenciales, derrotando al dictador Nicolás Maduro Moros, quien apenas rondó el 30% de las boletas.

Sin embargo, Maduro, en una proclamación ilegítima—cuando aún no se había verificado el conteo de los votos ni entregado la totalidad de las actas de votación— se declaró vencedor con un supuesto 51%, superando a otro supuesto 44% de su candidato más enconado, Edmundo.

Las pruebas del fraude fueron exhibidas más tarde por la oposición, quien logró aunar más del 90% de las actas, digitalizadas en una plataforma a la que se puede acceder públicamente. En resumidas cuentas y en honor a la verdad, como dice la líder opositora María Corina Machado, Venezuela ganó, pero hay que cobrar la victoria.

La propia María Corina, en estos momentos en la clandestinidad ante una serie de acusaciones arbitrarias del régimen, convocó para este sábado a las 10:00 a. m. a una manifestación nacional para reclamar el respeto a la verdad y honrar a quienes han pagado con la cárcel y hasta con la vida por defender lo ganado el pasado domingo.

Durante las elecciones, el pueblo venezolano fue un ejemplo de civismo, yendo a votar masivamente y de manera pacífica, siguiendo el protocolo establecido por la ley y en la mayoría reteniendo con responsabilidad el comprobante que acredita la votación, gracias a lo cual pudo demostrarse el fraude de Maduro.

En los días posteriores, el pueblo ha sostenido las protestas a pesar de la represión de las autoridades, quienes no han podido evitar el derrocamiento de los símbolos del chavismo. Tampoco de los del castrismo, ideología virulenta a la que muchos en la patria de Bolívar achacan aquel derrotero oscuro de la nación.

Lamentablemente, entre estos últimos los venezolanos asocian a la bandera de la estrella solitaria, la misma bandera por la que suspiraba el cubano José Martí, en un parque de Caracas, frente a la estatua del Libertador, años antes de volver a Cuba para hacerla libre.

El régimen de la isla, tan putrefacto como el que malgobierna y destruye a Venezuela, ha apoyado el fraude que pretende perpetuar a una dictadura sangrienta que ya ha durado demasiado tiempo. Pero el pueblo libre de Cuba, hermanos venezolanos, está con ustedes. Sépanlo en esta hora que parece definitiva no sólo para Venezuela, sino también para los que amamos la libertad y añoramos el bienestar de todos, con todos.

Nuestra lucha también es #HastaElFinal¹.

¹ Hashtag utilizado por el movimiento Súmate y otros grupos opositores venezolanos en su lucha contra el fraude electoral de Maduro.

La Olimpiada de las dictaduras

—No es una idea descabellada, después de todo a la dupla Castro-Chávez se le había ocurrido aquellas olimpiadas tísicas del ALBA.

—Sí, pero entonces nadábamos en petróleo, el sol negro que habría de despertarnos al socialismo del nuevo siglo.

—¿Y qué pasó? ¿Nos quedamos dormidos en la plataforma de clavados?

—¡Qué va! Ni todo el combustible ruso, iranio o venezolano bastó para encender el pebetero olímpico del totalitarismo.

—Pero oye, el totalitarismo sigue ahí...

—¡Cómo no! Imagínate que Putin se considera heredero de los griegos de antes, los que inventaron las primeras Olimpiadas de la historia.

—Ortodoxo Vladimiro, está perdiendo el juego de la guerra con los aficionados de Ucrania. Se le metieron en Kursk, y él que sólo quería restablecer el espíritu olímpico con una operacioncita especial desnazificadora.

—Bueno... Hitler tuvo su Olimpiada wagneriana.

—Y Putin tuvo a Wagner, pero... Por cierto, ¿es verdad que en los juegos de antaño también se competía entre ejércitos... deportivamente?

—Eso dice Tucídides. ¿Te imaginas a Díaz Canel dando “la orden de combate” para que el equipo boina negra apalee al pueblo espartano?

—¿Con el mazo de Diosdado Cabello?

—Diosdado suena a griego, ¿será hijo de Putin?

—No sé, pero seguro que si el pueblo gana dirán que los mazos habían sido hackeados por los macedonios.

—Demasiado alejandrino... ¿Y dónde queda Maduro en

todo esto?

—Fácil, es el chófer que trasladará a los dictadores hasta la Villa Panamericana.

—¿Y Ortega, Orbán, los etíopes, musulmanes, persas, todos los dictadores que en el mundo son?

—Los llevaremos al vóley de playa en Varadero, a ver si alguna mulata tropical les obliga a bajar la cabeza.

—¿Para que entren por el aro... de la realidad?

—¡Exacto! Como una canasta de Stephen Curry o un *ace* de Melissa Vargas.

—¡Diversionista! ¿No vas a invitar a los chinos?

—¡Qué va! Esos prefieren batirse de tú a tú con los yanquis, para sentirse grandes, por algún complejo freudiano. Mejor el coreano, experto en chantaje nuclear.

—El lanzamiento de la ojiva, o hacer como que amago y...

—¡Cuidado!

—¿Qué pasa?

—¡Agáchate! Parece que ya viene el avión.

—¿Ya? Pero si son diez horas de París hasta aquí...

—¡Mira!

—¡Oh! Pero, ese es...

—Mijaín, el mismísimo, en la cabina del avión. ¿Y qué es lo que trae colgado al cuello? No parece una medalla.

—Son cinco, deben hacer bulto.

—Bulto dicen que ahí no hay.

—No, chico, digo que debe ser algo grande.

—Ah, entonces no debe ser chino. Vamos a preguntarle...

—Mijaín, Mijaín, ¿qué vuelta? ¿Qué es eso que traes a la patria, compadre?

—Buenas noches, compañeros. Antes de pasar a dedicarle mis medallas a la piedra, déjenme cumplir una misión.

—Sí, sí, continúe, camarada. Súbase a ese pedestal.

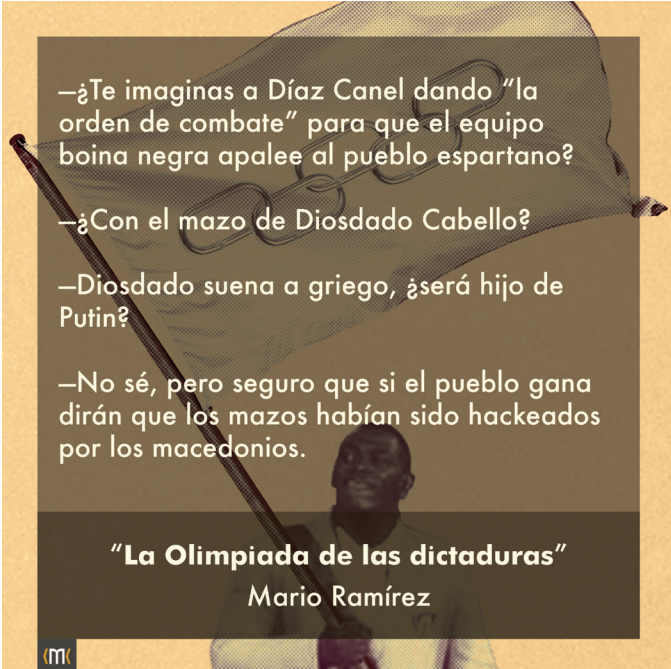
—El avión hizo escala en Venezuela y pude hablar con Nicolás. Vengo a decirles que en la alocución del otro día él no se equivocó, y esto que ustedes están presenciando es nada menos que la honda de Goliat. Sí, compañeros, así mismo, para que no se equivoquen, en las dictaduras socialistas hace rato que aplastamos a David y ahora somos Goliat, un Goliat que resiste con esta honda tercermundista los embates del imperialismo. Y basta ya, vamos a quitarnos este olor a democracia parisina y que comience la Olimpiada de las dictaduras.

—¡Candela! Esto va en serio. ¿Y ahora qué hacemos?

—¿Tú te acuerdas de aquel día en San Antonio?

—¡Claro!

—Apúrate, ya se están inscribiendo los del equipo Libertad.



—¿Te imaginas a Díaz Canel dando “la orden de combate” para que el equipo boina negra apalee al pueblo espartano?

—¿Con el mazo de Diosdado Cabello?

—Diosdado suena a griego, ¿será hijo de Putin?

—No sé, pero seguro que si el pueblo gana dirán que los mazos habían sido hackeados por los macedonios.

“La Olimpiada de las dictaduras”

Mario Ramírez

Antes de enseñar, aprender

(Entrevista con Anamely Ramos)

1. No sé si estarás de acuerdo conmigo, pero en cuanto leí la presentación del proyecto y revisé la página web, pensé en Memoria Cívica como un proyecto educativo, lo que le da una carga de acción importante. No digo que el trabajo académico no tenga también esa carga, pero la academia tiene canales específicos y apela a una comunidad ya prefijada, al menos en primera instancia. Ustedes están apelando todo el tiempo a la ciudadanía. Así que empecemos por ahí:

¿Qué entienden por ciudadanía y por memoria cívica? ¿Pueden enseñarse estas dimensiones?

En efecto, has mencionado dos cosas que son fundamentales para nosotros: la educación y la ciudadanía. Lo educativo es algo que apenas comienza a perfilarse, pero que inobjetablemente tendrá una presencia en todo lo que hagamos. Educar para la ciudadanía posible, entendida esta como el derecho a habitar y pertenecer a una nación, y al mismo tiempo como una responsabilidad en los derroteros de esa nación, que más que un lugar geográfico es un espacio de comunión para quienes comparten idiosincrasia, historia y cultura. Alguna vez fuimos esta clase de ciudadanos y ensayamos un proyecto de república que quedó trunco. Ahora bien, ese capítulo de la novela nacional dejó una memoria del civismo que necesariamente debemos recordar, pues en ella están las raíces de una democracia autóctona que puede ser reconstruida, y por

qué no, instruida, a los connacionales en Cuba y la cada día más numerosa diáspora. Antes que enseñar, aprender; dar el ejemplo de que se puede aprender a ser personas cívicas, justas y libres, es nuestra misión primordial.

2. ¿Por qué apelar a la memoria cívica en un momento de quiebre no sólo de la nación cubana, sino hasta de las posibilidades más elementales para sobrevivir individual y colectivamente?

Bueno, por suerte nadie en el proyecto cree en un concepto materialista o marxista de la historia. Si miras bien, parece natural precisamente lo contrario: los mayores momentos de espiritualidad y conciencia nacional en Cuba han surgido en las peores crisis económicas. Lo que está en quiebre es el sistema castrista, pero no la nación cubana, que es un bien mayor e imposible de quebrar mientras exista un cubano que quiera ser llamado así. No queremos que Memoria Cívica sea una figura más en la estatuaria intelectual y académica de la isla. Proponemos una memoria proactiva, que pueda impulsarnos desde el pasado hasta un futuro donde construimos nuestra democracia. Esa memoria es imprescindible para el presente, en tanto que memoria cívica, comprometida con el tiempo que nos tocó vivir, por muy difícil que sea. Hay crisis, pero los cubanos ya aprendieron a exigir libertad, y eso no tiene retroceso. ¿Un momento para empezar a construir valores democráticos e instruir al pueblo en sus demandas sociales? ¡Este!

3. El proyecto completo es en realidad un compendio de proyectos: Ediciones Memoria, la Biblioteca de Autores Cubanos, los diferentes podcasts que componen el Laboratorio de podcasting, entre otros. Es evidente que fue curado, por la sinergia que se muestra entre las distintas partes que lo componen, pero también por la autonomía de cada una de esas partes. Me gustaría que me hablaras un poco más del ritmo interno del proyecto y también de los roles de sus integrantes.

¿A qué aspira el proyecto a corto, mediano y largo plazo? ¿Cómo piensan conseguir sus objetivos?

Así es, una suma de proyectos aunados en la plataforma Memoria Cívica. Internamente decidimos dar prioridad a los pilares más fuertes, como las Ediciones o el Laboratorio de podcasts, aunque algo que centrará nuestros esfuerzos serán las acciones cívicas. Es decir, que todo cuanto hacemos, sea palabra escrita, hablada, debatida, comentada, tributará a su diseminación en un público que aspiramos a cultivar, en toda la acepción de la palabra. Libros, pero para ser difundidos y releídos en vivo con sus lectores; podcasts, pero que lleven de lo auditivo a lo investigativo, a una pragmática del conocimiento histórico; conferencias, charlas, cursos, no para fomentar la tradición cubana del chachareo, sino para ampliar el espacio de participación de la cultura cívica con nuestros interlocutores.

Dentro de la plataforma, varios de nosotros tenemos roles definidos por los proyectos que aportamos a Memoria Cívica. En mi caso, las ediciones de libros y la biblioteca; en el del historiador y *podcaster* Alenmichel Aguiló, los podcasts; Luis Carlos Hernández es nuestro *community manager*, además de *podcaster*; en todo, se

puede ver el diseño del artista visual José Luis de Cárdenas. Esto que acabo de resumir es el consejo de dirección de la plataforma, como puede verse en el Quiénes somos de la página web. Otros intelectuales, como Rafael Almanza, Luis Alberto Mariño, Micaela Hierro, Waldo Fernández Cuenca, Amilkar Feria, Juan Pablo Estrada, Juannier Rodríguez y Camila Lobón, han colaborado en los proyectos de MC y hemos creado alianzas con instituciones independientes como el Observatorio de Derechos Culturales y la Asociación Cultura Democrática. Aumentar y fortalecer estas colaboraciones y alianzas es otro de nuestros objetivos.

4. En la entrevista que diste al periodista Waldo Fernández Cuenca, sobre Ediciones Memoria, hablas de que no tienen una concepción unívoca del libro. Eso es muy interesante, porque si enumeramos las diferentes iniciativas que componen Memoria Cívica hasta ahora, la palabra escrita, asentada, tiene un peso importante. Pero también otorgan un lugar a la palabra hablada, al performance de la reflexión, lo que le da un peso comunicativo peculiar al proyecto, yo diría que hasta experimental si pensamos en el entorno cubano.

En ese sentido, me gustaría saber si pensaron en la especificidad de los públicos y en las diferentes maneras en que se consume hoy en día el conocimiento, sobre todo por parte de los jóvenes. ¿Cómo sintonizan esa proyección hacia públicos específicos como la interpelación a la ciudadanía en general?

Y como colofón ¿cómo sintonizan las dimensiones de la investigación y la comunicación, si tenemos en cuenta que muchas veces estas transcurren en tiem-

pos diferentes; la inmediatez y hasta urgencia de la comunicación frente al largo aliento de la investigación? ¿Por qué ambos tiempos son importantes para el futuro de cualquier proyecto, pero también para la evolución de toda sociedad?

Exacto, tiempo y formato son dos dimensiones que configuran nuestra visión de la plataforma. Sabemos que, de forma aislada, un proyecto enfocado en un determinado tiempo y que se produce o se difunde en un único formato, delimita de antemano el público potencial al que se dirige. Sin embargo, un libro que se publica en sus formatos digital e impreso, pero que además se convierte en audiolibro, en podcast, en presentaciones y charlas online, en conferencia y en acción cívica, es una obra que se multiplica y que pervive al derrotero tradicional de los libros. Esto por poner un ejemplo. Sucede lo mismo con las investigaciones, los podcasts, los documentales, y todos los formatos que cubrimos. Diversificar esos formatos es una ganancia que consecuentemente puede conquistar un público mayor. En Memoria Cívica fomentamos el pensamiento contemporáneo en la sección Bitácora, que, como indica su nombre, apunta a un archivo constante de ese pensamiento, una investigación cotidiana de la realidad de Cuba que en algún momento puede sopesarse en el formato del libro, del podcast, etc. Es lo que propone desde sus inicios Ediciones Memoria en sus dos líneas editoriales: el rescate de obras del pasado censuradas u olvidadas por la ideología post '59 y el archivo del pensamiento que se gesta de manera independiente en la Cuba de hoy. Ganada la batalla de la información al régimen, ¿por qué no ganarle también la de la reflexión y de paso ayudar a desintoxicar a los cubanos de tantos

años de adoctrinamiento y reescritura orwelliana de la historia?

5. La investigación que llevan adelante en Memoria Cívica, se focaliza en autores, ideas y procesos que han sido excluidos del flujo cotidiano de la vida del país por razones fundamentalmente políticas. No ha sido un error, ha sido una estrategia para que desaprendamos algo. En el punto que nos encontramos hoy, ¿crees que sólo iniciativas completamente independientes quieran y puedan desempolvar el acervo de reflexiones, debates, y conocimiento acumulado de pensamiento y acción cívica cubanas? ¿Qué lugar le darías a proyectos y organizaciones independientes en la vida de cualquier sociedad democrática y cómo imaginarías la relación de ellos con las instituciones oficiales y de carácter nacional en un contexto no totalitario?

Que existan organizaciones y proyectos independientes es una consecuencia directa del civismo. Es difícil imaginar a una institución del estado en el ejercicio de contradecir el discurso oficial. A lo más que han llegado es a un revisionismo oportunista, o al deshielo de figuras que necesitan “perdonar” para un fin político casi siempre recóndito e interesado. En cualquier caso, no es al estado al que le corresponde esta misión. Es a nosotros, los ciudadanos, los que nos toca decidir qué es valioso en nuestro acervo y qué necesitamos tener en cuenta para construir el presente y pensar el futuro. Por suerte, al menos en el ámbito del periodismo, los medios independientes han demostrado categóricamente que la verdad no es una

razón de estado. Hay que seguir ese ejemplo y demostrar que tampoco lo son la historia, la cultura, la educación, etc. Para que haya democracia, es imprescindible que la sociedad asimile estos fenómenos y que el estado respete y apoye el trabajo de las iniciativas independientes. Sólo así lo que llamamos bienes de la nación pueden obrar un efecto benéfico sobre el destino del país.

6. Aunque parezca que voy de delante hacia atrás, dejé esta pregunta para el final con toda intención, porque estoy convencida de que un proyecto tan abarcador no sale de la nada. Puedes hablarme de qué lo provoca, y de los antecedentes del proyecto. Remarco que con antecedentes me estoy refiriendo también a experiencias de vida, y a realidades espirituales, además de materiales.

Hay que mencionar aquí una serie de proyectos que anteceden a Memoria Cívica y que han modelado nuestra visión de Cuba a lo largo de los años. El primero de todos es la Peña del Júcaro Martiano, una de las instituciones independientes más longevas dentro de la sociedad civil cubana, coordinada desde Camagüey por el escritor y maestro Rafael Almanza. Alenmichel, Luis Carlos, José Luis y yo, fuimos asiduos participantes de la Peña, que se estuvo haciendo durante 25 años en la casa de Almanza y que en la actualidad ha pasado —avatares por medio— al formato online. De la Peña y de la labor encomiable de Almanza pudiera estar hablando horas, pero baste decir que esa iniciativa fue el germen fundacional para la formación cívica de muchos cubanos. Más tarde, algunos peñistas coincidimos en la plataforma del Grupo

Ánima, cuya misión comulgaba en línea directa con las ideas que defendemos hoy. Por último, hay que resaltar el apoyo de la ONG Asociación Cultura Democrática, que no sólo alentó los proyectos que componen actualmente MC, sino que propuso la idea de una unidad de esas iniciativas. Y paralelo a todo esto, cada uno de nosotros, en su anhelo particular, coincide en la imperiosidad de una democracia autóctona para Cuba. No hay que esperar a la caída del régimen para comportarnos como demócratas cubanos y ayudar a otros a hacer lo mismo.

Cubano, ¡súmate!

María Corina Machado podría ser mi mamá. Tiene casi la misma edad que mi madre y un carácter de hierro como el que he conocido de cerca toda mi vida. Parece una heroína de telenovela —latina, no una de esas otomanas de biscuit—, pero es una heroína de la dura realidad que supera las dos décadas en Venezuela. Y sí, estaría bien que alguien que puede ser tu madre o la madre de cualquiera, sea la líder de tu movimiento social, tu partido o tu país.

Que lo recuerde Kamala Harris, cuando en noviembre su aspiración a gobernar el país más poderoso del mundo inflame los ánimos divididos de esa nación. Madre, por favor, o en todo caso abuela, a lo Ángela Merkel. Basta ya de guapos con invasiones militares o dictaduras fraudulentas.

Pero volvamos a María Corina, quien desde el 30 de junio de 2023 fue inhabilitada políticamente por el régimen de Nicolás Maduro. Una categoría que se ganó tras un expediente lleno de records en su oposición al chavismo: diputada elegida con más votos en la historia de la Asamblea Nacional, en 2011; primera política venezolana en ser representante alterna de otro país, Panamá, ante la Organización de Estados Americanos, en 2014; primera activista política venezolana en la lista de las cien mujeres más influyentes del mundo de la BBC, en 2018, etc.

Como si no bastara y a pesar de la inhabilitación, en 2024 ganó las elecciones primarias de la opositora Plataforma Unitaria con el 90 % de los votos. “El mejor resultado para una mujer en una elección en la historia de Venezuela”, subraya Wikipedia. Aun así, tuvo la humildad de hacerse a un lado para apoyar a Edmundo González —

único candidato opositor que el gobierno no logró inhabilitar en las elecciones presidenciales—, a quien acompañó hasta la victoria en las urnas y el enfrentamiento al posterior fraude de Maduro.

En otro momento podemos hablar de lo que significa estar inhabilitado políticamente en la Venezuela post Hugo Chávez, algo que debe sonar raro para los cubanos en la isla, que llevamos más de sesenta años en una desconexión total de la vida política libre.

Si en Cuba tuviéramos más partidos, o al menos elecciones, dirán muchos. Sí, claro, eso es fundamental, sin embargo el ejemplo de Venezuela y María Corina prueba que ni eso es suficiente para derrumbar un poder totalitario.

Por estos días, en los que el régimen chavista intenta afianzar su triquimaña, en los labios de Maduro y su compinche Diosdado Cabello ha vuelto a sonar, temblorosa, una palabra prohibida: SÚMATE. Observen, en las alocuciones de este par, cómo se contrae el rostro de la rabia por tener que pronunciar el imperativo que los ha puesto en jaque en más de una ocasión. Súmate, la asociación civil fundada por María Corina en 2002, vuelve a ser sometida a una campaña de difamación por parte de la dictadura, que acude siempre a la teoría de la conspiración extranjera como causa de sus males.

Lo de difamación y conspiración lo conocemos aquí, pero ¿se imaginan a un Fidel Castro teniendo que admitir ante las cámaras el éxito de Oswaldo Payá y su Proyecto Varela? Pues en 2004, luego de más de tres millones de firmas recolectadas, al Consejo Nacional Electoral de Venezuela no le quedó más remedio que aceptar el referéndum promovido por Súmate para revocar a Chávez de su cargo como Jefe de Estado. La revocación no ocurrió,

pero el dictador sintió por vez primera el enorme poder de una oposición organizada.

En los años siguientes, los miembros de Súmate serían perseguidos y reprimidos, y la propia María Corina fue condenada por el Tribunal Supremo de Justicia, en una causa que nunca se ha efectuado, pero que sigue abierta, como suelen hacer con los opositores más temidos las dictaduras de la escuela soviética.

No obstante, Súmate continuó en sus actividades y ha llegado a especializarse como veedora en los procesos electorales, lo que ha sido vital para el desenmascaramiento de fraudes como el de 2013, con la llegada de Maduro al poder, o ahora, en el acopio de las actas que demuestran la abrumadora victoria de Edmundo González.

Lo sorprendente es que en la actualidad María Corina ni siquiera preside la asociación. Esta líder indómita, para la cual la palabra es acción —sabedora del efecto en los labios de la dictadura— creó en 2012 el partido liberal Vente Venezuela, que posteriormente haría simbiosis con la Mesa para la Unidad Democrática. Son más de veinte años de una lucha cívica sin descanso, y que ha popularizado la consigna “Hasta el final”, con un impacto visible en la población y una capacidad de convocatoria impresionante.

Para mis conciudadanos que siguen creyendo que el cambio político en la isla es como una vuelta al óvalo de Noah Lyles, recomiendo escuchar a esta mujer, cuando explica que el final no es el derrocamiento de la dictadura, sino la restauración de la democracia y el bienestar socioeconómico en su país. Ciertamente que en Cuba el contexto no es exactamente el mismo, pero estoy seguro de que esta lucidez deberíamos sumarla ya a nuestras ansias, y de paso, cubanos, empezar a sumarnos todos.



Fahrenheit Cuba

¿A qué temperatura social se inflama y arde una nación?

¿Se acuerdan del 349?

Yo sí.

Está todavía allí, como el dinosaurio de Monterroso.

Pero lo peor no es la numeración de ese decreto ley, uno de tantos salidos de la “genialidad” leguleya del régimen.

Desde la muerte del mayor en la dinastía Castro, la continuidad ha acudido al papel para intentar amordazar a la sociedad. Claro que a aquel no le hacía falta pues, dictador de la vieja escuela, dictaba órdenes, no leyes. Mejor dicho, las leyes estaban, pero lo que regía el estado de cosas en Cuba era el capricho del mandamás jurásico.

Con el 349 las cosas no salieron como esperaban.

Llegado al poder, Raúl Castro ensayó unos lineamientos para la agonizante economía del país, que hace unos meses fueron derogados en silencio, resultando igual de inútiles que la posterior Tarea Ordenamiento, el reordenamiento económico y otras curvas imbateables. Para 2018 dejaba el cargo en manos del último discípulo de la desobediente academia del castrismo —por donde desfilaron Robaina, Lage, Pérez Roque, etc.—. El cambio era un descenso desde la sucesión dinástica, pero la continuidad estaba garantizada en Díaz-Canel, leal y sumiso, conocido entre las filas de sus iguales como *el ideólogo*. Eso sí, había —hay—, que apuntalarlo en el poder por esa propiedad adhesiva que los burócratas veneran en la celulosa de las gacetas oficiales. Un sinfín de decretos y una nueva Constitución para dejar bien amarrado al potro, por si hay tormenta.

El 349 no inauguró esta línea editorial de la distopía castrista. Sin embargo, los artistas, a quienes está orientado el decreto, hicieron uso, por primera vez mayúsculo en la historia cubana contemporánea, de sus capacidades para la protesta. Y la protesta fue un escándalo que puso a correr al “renovado” régimen. Lo que siguió es hoy historia. Memorable. La libertad guiando al pueblo fue la libertad del arte y el grito de la creación genuina, que no acepta mordazas ni cabestros.

¿A qué temperatura social se inflama y arde una nación?

Pues parece que no hace falta demasiado. En pocos años de fustigar al papel con las quemaduras del sol del socialismo, la nación se rebeló el 11 de julio de 2021. Una debilidad, una falla en el sistema. Serían necesarios más decretos.

Días después del 11J, el régimen atropelló su propio cronograma legislativo para apurar un decreto ley 35 contra el libre uso de las telecomunicaciones —principal campo de batalla en el que el descontento social prendió la hoguera—, al que siguieron leyes como la de cine (373), la de comunicación (370) y otras, como si en lugar de garantizar las principales libertades del ser humano, en este lugar del planeta nos dedicáramos a establecer una dictadura jurídica con el fin de aniquilar cada una de esas libertades.

En Cuba hay calor, para colmo apagón. También hay bomberos como los de la novela de Bradbury, ocupados en quemar el pensamiento y la cultura. Todavía se emiten decretos, aunque ya no son noticia en un país que se debate entre la supervivencia y el éxodo. Pero ojo, si unos pocos que malgobiernan esta isla quieren estatuir por escrito la falta de libertad, recordemos que la libertad

no está en esa ni en ninguna letra que gobierno alguno haya inventado. La libertad es un derecho natural y usted decide si se comporta a la altura de la humanidad con la que vino al mundo.

Con esa humanidad hemos creado la idea de la justicia, y allende el mar que separa a nuestra aldea, otros pueblos hablan de democracia.

¿A qué temperatura social se inflama y arde una nación?

En Cuba, donde no hay combustible, la energía popular gravita hacia el estallido.



Abel Lescay: poesía contra el miedo

A la mayoría de mis conciudadanos le resulta muy difícil lidiar con el miedo. Cuidado, no digo vencer el miedo, sino lidiar, bregar, luchar con eso que nos paraliza. Hubo una época en la que el cubano le gritaba sus verdades en la cara a cualquiera, y no me refiero a la guapería que antecedió al machismo revolucionario. El cubano era una afirmación de realidad, incluso cuando esa realidad era grosera o desgarbada. La alegría, estridente; la tristeza, mortífera: íbamos de las lágrimas negras al carnaval de la vida, como en un bolero republicano. Parece inexplicable que nos convirtiéramos en estas criaturas taciturnas, con el susto de ser como una indigestión existencial. Por fortuna, para los que creemos en la resurrección de aquella especie autóctona, existen conjuros como este:

*Yo voy a donde vaya
Esta garganta en sombras
Que el campanario sordo
Cría entre tanta espera.*

Se trata de la estrofa inicial de un poeta auténtico: Abel Lescay, quien amablemente me ha enviado su poemario, *Cuatro encuentros con el dios del Susto* (Rialta Ediciones, 2024), para que lo critique “al duro”. Sí, porque Abel es un *duro* que no teme a la crítica y exorciza sus demonios con música y poesía. Con 25 años, ya se le conoce como compositor, pianista, guitarrista, arreglista, cantante y, ahora, poeta. Aunque era de sospechar, desde las letras de su álbum *grllxs*, que a este lírico poderoso se le enramaban en la garganta melodías

y versos. Abel es un chamán taíno y escribe haikus en el río de su infancia:

*Tenemos cerrado el ojo;
la luna es el camino.*
(“Mi Sociedad III”)

*...piedra que llora
la belleza que crece.*
(“Mi Sociedad IV”)

*Amar es fluir
hacia donde es mar la muerte.*
(“Rostro del susto IV”)

*Oh, noche, boca de guitarra,
susurras mis canciones.*
(“Noche y Árbol”)

*...si yo soy yo soy mil gotas
aquella montaña el destino*
(“Canto del viento en la ventanilla”)

Como en la cancioncilla italiana, *il grillo è buon cantore*, pero nótese que este grillo escribe Susto con mayúscula. A Abel, el cubano, no lo paraliza el miedo: *Y la bestia que me habita acudió*; antes encara los sobresaltos de la existencia con la sabiduría de la visión: *Miré romperse en el asfalto/ una gota de la tristeza que me inculaba el susto*. Hay tristeza, pero la comunión puede salvarnos: *Acompáñate, amor, de este susto mío./ Yo también soy eso:/ el pastor de muchos miedos/ el remolino de porvenires*. Cuando el 11 de julio de 2021 Abel se encontraba

entre la multitud de personas que pedían libertad frente a la represión, debió recordar algunos de estos versos:

*Decir estrellas dibujando con viento
germina los ojos.*

*Algo mayor nos habla
cuando se escucha con los talones
el alma de la tierra viva.
("Rostro del susto III")*

*Entregar el intrínseco dolor
al viaje del destino
limpia miserias.*

*Un camino místico
abre su surco en el cuerpo
para el sonido de los astros.
("Rostro del susto IV")*

No nos engañemos, el miedo existe y es más real en una sociedad donde hemos encumbrado al susto hasta la condición de dios. Sin embargo, es en estas sociedades imperfectas donde el poeta, criatura extraordinaria, se convierte en apóstol de una verdad abisal. La poesía, entonces, puede pasar por hermética, pero su significado es un *agujero de fantásticas certezas* ensayando la sanación. *Hoy exhalo una muerte/ que pudo ser tuya*, dice el poeta Abel, mientras confiesa que *aprendía a morir*. En la noche de la patria, la poesía puede ser una evocación luminosa —cocuyo, pentagrama de Bach, altar de Martí— y al mismo tiempo un aprendizaje del destino, de la oscuridad que hemos de develar para que nos hablen

los ojos encendidos del señor. Después de todo, acudir al encuentro del susto tiene sus ventajas:

*el viento regresa a la garganta de un gallo
la carretera se duerme con diablos bajo los focos
los hombres desaparecen como si no fueran*

*la madrugada estática da tres giros a la montaña
se cierra el tiempo una ola tras otra
a partir de ahora todo será un sueño
("Canto del viento en la ventanilla")*

Instrucciones para derribar un muro

Queridísimo lector:

Mi nombre no es Jules Cortázar y a diferencia del belga-argentino, aborrezco los manuales de instrucciones.

Nunca intentaría, por ejemplo, instruirlos en la forma de pronunciar la ere gutural franchute, que para mí suena a pared descascarada, a muro construido con cemento de dudosa procedencia.

Sin embargo, comience por mirar el muro.

¿Qué ve?

Si la respuesta es una mancha informe como en un test de Rorschach, sepa que usted, querido, está enfermo.

¿Se asombra de mi sinceridad?

Adelante, pero el siguiente paso debería ser, para usted que me lee, asombrarse de que el muro esté allí, de que haya muro incluso cuando le estorba la luz, cuando ya usted ha visto en una pantalla conectada al muro que la luz es necesaria para vivir con dignidad.

¿Que qué es eso?

Haría falta otro manual para explicarlo, por ahora volvamos a la tarea que nos ocupa, que aborrezco por simple, por tan de manual.

Hay muchos tipos de muros. De concreto, de ladrillos, de cartones de huevos, cafeteras viejas, máquinas de coser, libretas de abastecimiento, cajas de pollo, zapatos gastados, ilusiones de viajes, sueños rotos y un largo etcétera donde se amontonan las materias de un extenuante muro... de muros.

Está la palabra murofobia, pero se refiere al miedo irracional y enfermizo a los ratones.

Están los ratones y el miedo irracional y la mancha que usted ve en la pared como una sombra enfermiza o —otros prefieren definirla así— como el apagón de la existencia.

Un muro es eso. El obstáculo al final de la caverna. El monolito que lo deja convertido en mono de Dios.

Si pega brinquitos frente al muro intente no saltarlo por completo. Un muro se hizo para ser, tarde o temprano, derribado.

¿Entiende?



¿Existe la República de Cuba?

¿Y qué es una República? Me dijo la turista francesa, mientras clavaba su pupila azul en mi pupila...

Se hacía tarde, la ruta había sido extenuante y acabó por sublevar mis ánimos su idea de que la Revolución cubana fue el proceso legitimador de una República fallida.

Ella, venida del país del bluff revolucionario. Su pupila azul radiando y...

Antes de que soltara el próximo cliché termidoriano, le dije que no, compañerita, de ninguna manera la República soy yo, ni es usted, aunque le diera por tomar La Bastilla en una noche de absenta.

Tampoco existe la República de Cuba, pero permítame explicarle.

El archipiélago que los taínos llamaron *Cubanacán* y los españoles Juana, se convirtió el 10 de octubre de 1869 en la República de Cuba en Armas. Todavía éramos, políticamente, una provincia hispana, pero el empuje de los ideales patrióticos se impuso como realidad suprema.

El republicanismo es, lo sabe bien, hijo del patriotismo. Sin embargo, un hijo que debe abandonar pronto la teta de la Marianne libertaria y asumir el imperio de la ley, la justicia, la igualdad y el interés público como valores primordiales.

Difíciles de alcanzar en medio de una guerra.

No obstante, la Constitución de Guáimaro establecía en su artículo 24 que *todos los habitantes de la República son enteramente libres*.

Más que en Francia, el abogado Ignacio Agramonte debió pensar en Estados Unidos, la nación que había

creado al ciudadano libre para investirlo rápidamente con los poderes de la democracia.

En Guáimaro necesitábamos soldados, pero a Agramonte y otros se les ocurrió que esos soldados fueran los primeros ciudadanos de la nación. Y la idea se sostuvo y se llevó a cabo, constituciones por medio, durante todo el proceso independentista del XIX.

Cuando el 20 de mayo de 1902 se proclamó la República de Cuba, no había ni una veintena de gobiernos republicanos en el mundo.

España, la otrora metrópoli, había tenido su año republicano poco después de nuestro Guáimaro y lo intentaría en el XX unas décadas más tarde de nuestra independencia, con el saldo de un costoso fracaso y la vuelta a la monarquía.

En 1901, ya habíamos acordado la Constitución que encauzaría las libertades del ciudadano republicano en la isla. Una ley de leyes que cambiamos luego, en el '40, bajo el influjo, por un lado, del republicanismo español de los años '30 y su preocupación por la ciudadanía y, por otro, de la Revolución del '33, año en el que parecía haber quedado claro que en Cuba no aceptaríamos la dictadura.

Fallamos en no entender a tiempo que no basta con cimentar las bases para la construcción de una sociedad democrática, sin fraguar en el período inmediato la madurez cívica, conductora y cuestionadora de la política en todo estado nación.

Con el proceso de 1959, la instauración del socialismo prosoviético y la Constitución antidemocrática del '76, el país siguió siendo, nominalmente, República de Cuba.

¿¡Ah, ve!?, vuelve a encenderse la pupila, bajo el cielo que ya no es azul.

Sí, pero sólo nominalmente, *madame*.

¿Cómo es posible que un país afirme ser una república si no concibe la separación de los poderes políticos, si no fomenta la discusión social y el acuerdo ciudadano, si hace distinciones respecto de la profesión o no de una ideología, si en sus leyes contiene la censura y la privación de libertades y somete a la población mediante la obediencia incuestionable a un régimen autócrata?

En Cuba, el gobierno de la *cosa pública* no es accesible a todos.

Ya sé que el término puede ser ambiguo y que varía de una teoría sociopolítica a otra, pero en lo que respecta a mi país, durante las últimas seis décadas ha sido explícito que rige la tiranía.

Si en Cuba hay justicia y los cubanos somos iguales ante la ley, que la torre Eiffel me atreviese, como su mirada, la pupila ennegrecida.



Uno de los grafitis más comunes en Cuba en los últimos años (fotografía de Luis Carlos Hernández).

Sé feliz, como Kim Il-sung y Kim Jong-il

Supongo que no soy el único que se lo ha preguntado. Sobre todo después de veinte horas de apagón, con la piel mantecosa de sudor y el cerebro navegando en el cráneo como un vegetal encurtido. ¿Es que nos convertimos, lentamente, como la cucaracha de Kafka, en una república norcoreana? ¿Vamos desde la construcción del non-plusultra comunismo a la adopción de una ideología *juche* que termine por —digámoslo en cubano— jodernos la existencia? No es que no la tuviéramos jodida, pero los extremos de nuestro nacional aguante nos recuerdan que siempre podemos estar peor.

En ese *estar peor* radica la clave del poder juche-cubiche. Si la iniciativa privada consigue algo de bienestar, aunque sea para unos pocos, hay que ponerle trabas, coaccionarla, cortarle los brotes antes de la floración ini-cua. En Pyongyang, ciudad jardín, se sabe. Los maoístas de la China tecnológica lo sospechan. El castrismo, sin ser juche, lo practicó hasta los '90 y ahora una de sus facciones lucha por un retorno a aquel feliz atraso, donde, para unos poquísimos, *estar peor* es la forma más fácil de *mantener el poder*. Ábrele un orificio al batiscafo y que se hunda.

No somos juches porque ejercemos con efectividad la dependencia. Nuestro sur es el norte. Nuestro paralelo 38 una franja de mar que nos separa de La Florida; una escisión que es sólo política, mientras abrimos el jamo para atrapar los peces verdes o escapar a cualquier precio. ¿Intentaremos alguna vez la cerrazón absoluta, la autosostenibilidad insostenible, el *songun* y el *songbun*? ¿Después de un Comandante en Jefe eterno, nos dará por fabricar

la bomba H o el misil balístico internacional, al costo de una hambruna fulminante?

En este bombardeo de apagones, gobierno mediocre, emigración en estampida y economía anquilosada, los cubanos de la isla resistimos con una pasividad extraordinaria. Por suerte sólo se nos pide de momento resistir, sería desmedido que a nuestros líderes supremos se les ocurriera exigirnos la felicidad de los rostros sonrientes de Kim Il-sung y Kim Jong-il. En la calle, en cambio, una invasión de carteles te repite el mantra: “Necesitas ser feliz”. Ignoro la intención original de este mensaje, o si son más los que, como yo, le hacemos una lectura contestataria. De mi parte, hermano, te invito a que te atrevas a ser, aquí, ahora, para buscar entonces la felicidad real, posible, antes de que sea demasiado tarde. ¿Qué necesitas?

Al rescate de la nación: del periodismo a la Memoria Cívica

(Entrevista con Austin Llerandi)

A Mario Ramírez, por desgracia, no lo conozco en persona. Pero lo imagino con voluntad de abeja, incansable conversador, dicharachero... Después de su enorme labor para *La Hora de Cuba*, ha decidido emprender un proyecto del cual nos hablará hoy, en esta suerte de cara a cara digital a lo largo de la mitad del país, porque no pudo ser en un par de sillones, sentados en algún portal, saboreando un buen café.

Cuéntame, Mario, ¿cuáles son los orígenes de Memoria Cívica (MC)? Cómo surge la idea, en qué contexto de tiempo y espacio...

Hay una confluencia de orígenes. Somos, al menos en el núcleo fundacional, un grupo de amigos que desde hace años hemos coincidido en distintos proyectos de la sociedad civil cubana, como la Peña del Júcaro Martiano, Grupo Ánima, Ediciones Memoria y las convocatorias de la ONG Cultura Democrática. En algún momento entre 2023 y 2024 nos sentamos a pensar en lo que tenían en común todos estos proyectos y descubrimos que esos dos vectores, la Memoria y la Cívica, son los que nos han movido con mayor tracción en nuestra resistencia cotidiana a la realidad actual de Cuba. La unidad de estos conceptos es también, o pretende ser, una fórmula para entender mejor esa realidad y, en la medida de lo posible, transformarla.

¿Cuáles son los objetivos de MC, a corto y largo plazo?

MC es una obra en marcha, pero obvio que tenemos aspiraciones dentro de lo que ya está formulado y puede verse en nuestra plataforma. Hacemos ediciones de libros, podcasts, materiales audiovisuales, artículos de reflexión, monitoreo de las violaciones a los derechos humanos en Cuba, divulgación histórica y cultural, por lo que el espectro es abarcador. Nuestra misión es promover la educación cívica y la cultura democrática entre cubanos, rescatando y valorizando la memoria histórica de la nación, y fomentando el diálogo, la reflexión crítica y la participación activa de los ciudadanos en la construcción de una sociedad más justa, informada y libre. Con ese empeño, te podrás imaginar que no pensamos en el corto plazo. La restauración de la democracia en Cuba es algo que puede tardar mucho todavía, pero en lo que podemos empezar a trabajar ya.

El 1ero de septiembre estrenaron podcast, en un formato que definen como “un espacio donde cuatro amigos (...) se reúnen para explorar y debatir sobre historia, cultura, literatura, política y mucho más”. Háblanos de quiénes son estos cuatro amigos, sus principales inquietudes, cómo llegan al proyecto, etcétera...

El podcast es Hablando de Memoria y los cuatro amigos son el Consejo de Dirección de MC: Alenmichel Aguiló, historiador y jurista devenido podcaster; Luis Carlos Hernández, desarrollador de web y periodista, también podcaster; José Luis de Cárdenas, artista plástico y el principal responsable de nuestra identidad visual;

y bueno... yo. Los cuatro tenemos una inquietud común: Cuba, y muchísimas diferencias en cuanto a criterios y ritmos de trabajo. Y de eso va el podcast, de recordar —¡memoria!— que algunos en la isla conservamos la fe en la cultura del debate. Ese diálogo alguna vez fue nacional y su enorme poder ayudó a construir una República a la que dejamos de atender, precisamente por quedarnos mudos ante la imposición del criterio totalitario. Pero en MC queremos hablar y escuchar al otro, que es la mejor manera de escucharnos.

Coméntanos de tu libro *La condición cívica*. ¿Qué artículo entre todos te satisface más?

He escrito periodismo independiente durante más de cinco años. En ese quinquenio además alterné la escritura con la edición de textos periodísticos en *La Hora de Cuba* y la edición de libros, de modo que me ha tocado ser un lector activo del pensamiento cotidiano de mis cofrades. En *La condición cívica* reúno aquellos textos que escribí con carácter reflexivo, pero imbuidos sobre todo por el civismo de medios como este. No creo en un periodismo neutral en Cuba; creo en los periodistas que son activistas de la verdad, y que luchan, con esa verdad, por acercarnos a la hora definitiva de Cuba. En cuanto a la crónica que da título al libro, fue el descubrimiento de que hay que asumir la condición cívica como la variante más asequible de la condición humana, cuando se vive en un contexto como el nuestro. Me quedo con ese artículo.

Veo que los posts en MC son bastante diversos, pero, ¿qué otro tipo de contenidos quisieras integrar al proyecto?

Uno de los propósitos de MC es pasar de la plataforma digital al espacio físico. En estos momentos exploramos esa posibilidad, no sólo por extender el círculo de nuestra comunidad, sino para hacer biunívoco el diálogo con la sociedad civil. Charlas, conferencias, eventos culturales, todo lo que ayude a esa anagnórisis social que nos debemos los cubanos, está en el campo de interés del proyecto.

La dictadura de lo popular

A mediados del siglo XVI y con 18 años, Étienne de la Boétie escribió un opúsculo contra el absolutismo, en el que se preguntaba si la sumisión de los pueblos era el resultado de la acción despótica de un soberano, o si más bien se debía a la servidumbre voluntaria de las masas pusilánimes.

Voluntad, servidumbre.

¡Todas las armas al poder despótico!

De la Boétie murió joven, no llegó a ser un pensador popular y aunque su obra fue leída por una minoría ilustrada, el mundo continuó siendo trágicamente servil, hasta la sumisión absoluta.

La mayoría tardó en entender que los monarcas no eran seres astrales.

A otro francés, Rousseau, se le ocurrió que el pueblo era el verdadero soberano, pero esa soberanía debía pasar por el filtro de la voluntad general, previo acuerdo de las esferas sociales.

Voluntad, soberanía.

¡Todas las armas al poder del pueblo!

Todas las armas, hasta la confusión marxista que trocó el poder real de la mayoría por el llamado “poder popular”. Esto es, el mandato de un grupo investido con los poderes del Estado, descaradamente ensamblados para borrar cualquier síntoma de soberanía.

No hay pueblo allí, pero hay una Asamblea Nacional que goza de unos privilegios.

No hay libertad económica, sino control sobre el comercio y las finanzas.

No hay división de poderes y sí exclusión política y represión.

La lista es interminable.

La servidumbre y la soberanía de los pueblos siguen siendo cuestiones a resolver en el siglo XXI.

Todo el mundo cuestiona al poder, pero nadie se pregunta por la *voluntad* de los pueblos para pasar de la servidumbre a la soberanía.

En 1960, el dramaturgo cubano Virgilio Piñera engavetó *Los siervos*, una pieza teatral con la que podía ganarse el odio del nuevo régimen prosoviético. En ella, un líder estalinista decide convertirse en siervo, contra el criterio de sus colegas totalitarios. La ironía es perfecta, demoledora.

El gobierno de Cuba se declaraba comunista, o lo que es lo mismo, el pueblo renunciaba a ser el soberano que había sido en medio siglo de República.

La voluntad de algunos fue marcharse, pero la voluntad popular fue bajar la cabeza y gritar unas extrañas consignas en la Plaza de la Revolución.

Desde entonces la Revolución comprendió que lo suyo era *lo popular*, a pesar de la minoría que había apoyado el proceso.

Lo popular era la voz de los resentidos contra los vencedores de siempre. Había que ser popular como un solar habanero o el aguardiente o el son.

Mejor Guillén que Lezama.

Mejor el guaguancó que *The Beatles*.

Y las casas diseñadas por Max Borges y Mario Románach para los compañeros de la Asamblea, que al fin y al cabo son el poder de lo popular.

Samuel Feijóo, etnólogo y escritor popularísimo entre el pueblo, agradeció haber tenido sólo seis lectores, entre los que incluía al linotipista.

Cuidado, lo popular no es siempre lo mejor ni reverencia siempre a los mejores.

Lo popular puede ser falso, como la idea de que todo cubano juega a la pelota, fuma tabaco y odia a los *yankees*.

La tiranía de lo popular puede ir desde el cliché hasta la propaganda política.

Pero lo peor es que lo popular, separado de una crítica de sus valores, nos someta a una especie de servidumbre voluntaria que termina por entregarnos en bandeja al totalitarismo de la Asamblea.

Soy cubano, soy popular.

Desde luego, pero en la justa dimensión de esos epítetos, en la responsabilidad que implica ser auténticos, ante el peligro de ser para siempre sometidos.

Yo, que no soy popular ni puedo contar con el linotipista, prefiero el ajedrez al dominó y sólo veo la pelota cuando juegan los *yankees*... de New York.

A la guapería de barrio, opongo estas líneas cada viernes, que pueden ganarme una cárcel tan popular como un olvidable reguetón.

De los tigres me gusta el poema de Blake y el animal de la Creación, que como dijo otro poeta, no muestra su tigritud, ¡salta!



La caverna

El lugar puede ser La Habana, Cuba, o Atenas, Grecia, no importa. Sólo que si se escoge lo segundo deberá añadirse a. C., esto es, antes de Cristo; mientras que si se elige a la isla del Caribe, se debe agregar “en una eterna noche de apagón, pleno siglo XXI, durante los preparativos para la segunda venida de Cristo, en la que a los cubanos les ha sido asignada la nueva crucifixión del Mesías”. (Entremés para ser representado en el Patio de las Comedias, en el Teatro de Velasco, Holguín)

Sócrates: (*Encendiendo la linterna del celular*). Mira, Glaucón, ahora estamos aquí, en la ciudad estado del futuro.

Glaucón: ¿Pero esta era la república ideal de la que tanto hablabas?

Sócrates: Bueno, no podemos ponernos exigentes, recuerda que somos filósofos.

Glaucón: ...condenados al ostracismo.

Sócrates: Algo es mejor que nada. Lo de la cicuta fue una distracción.

Glaucón: Y las ostras del hotel donde nos hospedamos estaban muy buenas.

Sócrates: Oh, sí. No sé de qué se quejan los ciudadanos. ¿Tú viste esa turba que pasó hace poco entonando una extraña música de calderos?

Glaucón: Seguro eran poetas.

Sócrates: ¡Imposible! Me he informado bien. En esta tierra se ha seguido mi consejo y los poetas han sido expulsados, ¡esa tralla!

Glaucón: Pero oye, Sócrates, tú me dijiste que los poetas eran cantores de la tiranía, y aquí los que cantan...

Sócrates: Sí, son de la loma. Mejor dicho, bajaron un día de la sierra y hundieron el llano.

Glaucón: ¿Los poetas?

Sócrates: No seas tonto. Mira, vayamos al grano. Te he traído aquí para mostrarte algo.

Glaucón: No me digas, ya lo puedo adivinar.

Sócrates: ¿Qué adivinas?

Glaucón: Estamos en la famosa caverna, ¿verdad?

Sócrates: Bueno, no exactamente. Aquello era un mito, una alegoría sobre la Verdad y el Bien. Esto...

Glaucón: Esto es otra cosa.

Sócrates: O la misma cosa, que no es igual.

Glaucón: ¿Eh?

Sócrates: Te explico. Si en el mito las sombras eran una metáfora de las percepciones y el mundo sensorial, aquí la sombra tiene la densidad y la gravedad de lo real. Una realidad oscura como este apagón, pero que es más oscura mientras más se ahonda en el alma de la ciudad estado.

Glaucón: Ya veo. Tú dices ciudad estado por aquello de que Grecia es Atenas y lo demás es área verde.

Sócrates: O lo otro, pero déjame seguir. Aquí los habitantes de la caverna —me cuido de no llamarlos “ciudadanos”, porque se asustan— no sólo se han acostumbrado a la oscuridad, sino que la luz les parece una ficción, un invento de los seres que habitan la Superficie.

Glaucón: ¿Los poetas?

Sócrates: No necesariamente. No hace falta ser un iluminado para percibir que la luz es buena. Eso sí, hay que ser bueno y creer en el Bien para predicar a los otros la verdad de la luz.

Glaucón: ¿Y nadie lo ha intentado?

Sócrates: Por supuesto. Incluso hubo quien previó la

oscuridad, aunque los cavernosos estaban ocupados en la construcción de la caverna y no hicieron caso. El ruido de la chusma entonando consignas con el fácil eco de la cueva terminó por ahogar toda reflexión.

Glaucón: ¿Entonces nadie reflexiona, nadie alza la voz?

Sócrates: De vez en cuando alguien lo hace, pero va a parar a una caverna más profunda, hasta que su llama se extingue en el soplo unánime del rebaño.

Glaucón: ¿Y si el rebaño se libera?

Sócrates: Primero tendría que liberarse de su propia sombra proyectada en el muro. Qué extraño, siento que he hablado de esto antes. El muro es la verdadera tiranía, el apagón no es sino el resultado de muchos apagones individuales, los que cada uno de los ciudadanos obsequiamos al sistema para la edificación de la Sombra.

Glaucón: ¿Cómo es eso, Sócrates? ¿Cómo puedo ser yo un apagón?

Sócrates: Lo eres, en el instante en el que rechazas el imperio de la luz.

Glaucón: Ah, claro, imperialismo, tenía que ser...

Sócrates: Pero también cuando callas o permaneces sordo ante el aviso de aquel que conoce la luz y mira hacia adentro para compartirla contigo.

Glaucón: He escuchado decir que son unos traidores.

Sócrates: O cuando te marchas con tu ceguera a otra caverna y te llevas la oscuridad auestas.

Glaucón: ¿Exilio?

Sócrates: Ya ves, los primeros pasos hacia la luz tienen el precio de la irradiación personal, la que el sistema se empeña en obstaculizar. Sin embargo, tú mismo, habitante de la caverna, tú propia sombra que te impide entender o ver lo que está más adelante, es el principal obstáculo.

Glaucón: Voy entendiendo...

Sócrates: Exacto, al ir se comprende, al comprender se va... hacia el futuro. En la caverna todo es presente detenido en el pasado, continuidad de la noche que no da paso al nuevo día.

Glaucón: Como un agujero negro.

Sócrates: O como una prehistoria sin historia.

Glaucón: O una termoeléctrica sin electricidad.

Sócrates: O una república sin *res pública*.

Glaucón: Una fuerza sin palanca.

Sócrates: El motor del Central perpetuamente inmóvil.

Glaucón: La caña de azúcar sin azúcar.

Sócrates: El Partido sin el Todo.

Glaucón: El presidente sin elecciones.

Sócrates: El poder que no es popular.

Glaucón: El rey-filósofo creador de mitos.

Sócrates: Mitómano que se apaga.

Glaucón: Bocina que se enciende.

Sócrates: Música de calderos.

Glaucón: El rebaño, las sombras.

Sócrates: La voz de los poetas.

Glaucón: La libertad, el grito.

Sócrates: El sistema y su metástasis.

Glaucón: La catarsis real.

Sócrates: El agua, la corriente.

Glaucón: La democracia, los derechos.

Sócrates: Los hospitales, las escuelas.

Glaucón: El huracán de la patria.

Sócrates: ¡Oh!, ¿has dicho patria?

Glaucón: Sí, ¿qué tiene?

Sócrates: Entonces aquí termina todo.

Glaucón: ¿Termina?

Sócrates: Comienza.

Glaucón: ¿Qué es lo que comienza?

Sócrates: (*Alzando la cabeza*) Ahora lo veo, mira hacia allí, sobre el vitral desvencijado, la nueva República surge como un sol entre la sierra, por encima del Turquino, y ante esa sola luz autóctona nuestras sombras se repliegan, el mediodía de lo que somos se levanta y la eternidad de la noche concluye. Ahora nuestros profetas hablan en sus lenguas de fuego y todo lo que es hoy tristeza y pobreza, trasluce como el cobre de la montaña, como la alegría suprema del pueblo que ha salido por fin de la caverna.

Los personajes desaparecen. La escena se ilumina y se escucha una música de fiesta.



Puesta de sol en la céntrica calle Martí, en Camagüey
(fotografía del autor).

El baño de luz

No hablo del *alumbrón*, palabra tristemente cubana que la RAE debiera incluir en sus diccionarios. En Cuba la luz es más que la corriente eléctrica que nos roba el estado con su ineficiencia: un país tropical donde la luz desciende en cascadas, aun en esta época del año en que el invierno se acerca. Se pudiera pensar que la naturaleza quiere salvarnos de la sombra y nosotros insistimos en el despeñadero. Lo lunar por lo solar, la melancolía por la carcajada del ser. Léase un chiste de Fray Candil —que bien puesto llevaba el seudónimo— o, sin ir muy lejos, una comedia televisiva de algunas décadas atrás. Como el chiste del cubano se basa en la burla o el choteo, poco luminosos y más bien oscuros, no hay sonrisa en el presente —donde suele cumplirse el objeto de la burla—, ni auténtica alegría. Si nos ponemos a definir las cosas, tendríamos que inventar para lo nuestro otra palabra: *comitragedia*.

Ya este encuentro de los contrarios evoca el adagio: donde hay mucha luz hay mucha sombra: un país barroco a lo Velázquez, con personajes que han quedado estáticos en medio de un acto tan sencillo como freír un huevo. Pero en Cuba ni siquiera hay huevos. El apagón de la alegría nos ha dejado en el nivel más básico del relajó, donde resuena un reguetón mediocre en medio de la ciudad apagada y el ladrón decide asesinar a la víctima porque esta, linterna en mano, lo ha identificado. Es trágico, y es sucio. Ni toda el agua de los días que ha faltado, ni el océano Atlántico inundando la isla entera, serían suficiente baño para sacarnos esta suciedad acumulada de la que —¡vaya consuelo!— nos seguimos riendo.

Como esto no es un sermón, aunque se le parece, paso a citarles las palabras que me han servido para capear el temporal perpetuo que es vivir en Cuba:

*Cuando al peso de la cruz
El hombre morir resuelve,
Sale a hacer bien, lo hace, y vuelve
Como de un baño de luz.*

Martí, que quería morir de cara al sol, lo tenía muy claro. El peso de la isla no es la queja piñeriana, sino el sacrificio por el que son todas las cosas, desde la palma que arrasa el huracán, hasta la construcción de un país donde sea realmente posible la vida en sociedad, con libertades y derechos. La vida, que a través del sacrificio desemboca en la muerte, es grave. Usted puede aferrarse a la cruz como una tabla de salvación, o juntar los trocitos de madera como un medio de escape hacia una tormenta distinta. Pero también —lo aconsejo— puede escoger cargar el peso de la vida desposeyéndose de sí, saliendo hacia la luz donde es necesario hacer el bien. Inténtelo al menos una vez, que once millones de intentos serían suficiente baño.

La revolución es un ojo sin alas

“Como un inmenso conjuro la ciudad clavaba su ataúd”

José Lezama Lima, *Oppiano Licario*

Cuando la noche mastica el apagón
se nos vacían los ojos.
¿En dónde encontrar sentido?
La revolución es un ojo sin alas.

Cuando la bandera hierve
después de lavar sus manchas
en el agua sucia de los calderos,
¿en dónde encontrar sentido?

En esta suma nunca infusa de excepciones
morfológicas,
somos la página arrancada por el huracán,
dios de los aborígenes y bufón de la Historia.
La revolución es un ojo sin alas.

Pero resulta que la página había sido anegada
por las aguas que anticiparon el ciclón,
como un diluvio en las alcantarillas de La Habana.
¿En dónde encontrar sentido?

La obra, como un perro infernal,
nos mordía la cola sexagenaria
y nosotros gritábamos, gritábamos con la garganta
oscurecida.
La revolución es un ojo sin alas.



Calle a oscuras por un apagón, en La Habana (fotografía de Juan Pablo Estrada). El texto es una paráfrasis de “El ciclón es un ojo con alas”, poema de Lezama en el libro póstumo *Fragmentos a su imán*.

Bromuro para el efecto Trump

No iba a comentar el tema, pero luego creí que sería una infidelidad a esta columna no hablar sobre algo que, al menos en la burbuja que me tocó en mis redes sociales, es tendencia. Una infidelidad porque esta columna ha tratado de ser lo que pedía Gastón Baquero para el periodismo: el jarrito de agua fría que corta el hervor del café con leche. El periodista como el pesado aguafiestas que llega para “reducir el entusiasmo prematuro, el regocijo enloquecedor y enloquecido” de sus compatriotas. Y precisamente leyendo a Baquero me encuentro con una de sus reflexiones cortantes, en la que intentó *bromurizar* el efecto Gorbachov que un día provocó la desesperada esperanza de los cubanos en el exilio, que vieron en el comienzo de los '90 el inminente fin de la dictadura en Cuba, por el peso de la fragmentación soviética. Hoy, quizás muchos de aquellos mismos cubanos y otros tantos millones que se han sumado en las últimas décadas, cifran con idéntico desasosiego las ilusiones del cambio para la isla en la elección de Donald Trump como presidente de Estados Unidos.

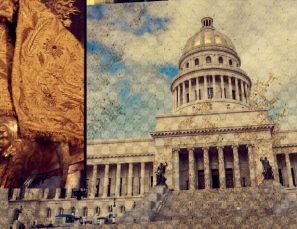
De la realidad del efecto Trump, baste mirar las estadísticas de los votantes en las pasadas elecciones, donde los oriundos de Cuba sobresalieron entre los latinos; algo que Trump y su equipo han decidido premiar con la promesa de Marco Rubio —un político de ascendencia cubana que ha llegado a senador por el Partido Republicano— como próximo secretario de Estado. Pero no es este del efecto que quiero advertir; este, el de la votación, le atañe a los miles de cubanoamericanos que votaron

lo que en definitiva fue la elección de la mayoría en EE. UU. y que no tiene necesariamente que estar relacionado con los derroteros de la isla. El otro, el efecto Trump del que se habla en el café Versailles, de Miami, o en cualquier esquina de La Habana, es capítulo más del desarraigo angustioso del cubano, que desde cualquiera de esas innumerables orillas que conforman la nación, vive añorando un exabrupto que arranque el árbol putrefacto de la dictadura, olvidando que el mal en nuestra patria es un tubérculo que se alimenta de la desesperación, la incultura y el fanatismo.

No digo que Trump no pueda o no quiera hacer algo por la libertad de Cuba, pero apostar por eso o lo contrario, sostener una lucha agonizante de posteos y posturas en las redes, debates de esquina o de café, es cuando menos inútil. Sumar al efecto Trump el efecto Rubio, sólo porque Rubio proviene de aquí, es olvidar que se trata de dos políticos con una responsabilidad colosal al frente de la nación más poderosa e influyente del mundo, en cuya agenda Cuba debe figurar en letras pequeñísimas, si acaso. Creer que somos el ombligo del mundo es negar que existe el mundo y que existe la realidad, es continuar entumecidos, como el caracol, en la casa que nos acompaña a todos lados y que nos impide acoplarnos a otros entornos para crecer más allá de los moldes y límites en los que nos malformó la dictadura. Trump no es “nuestro hombre” en Washington, como tampoco lo es Rubio, y sería óptimo ir pensando que seguimos, en la práctica, solitos, como David, frente al Goliath que un día creamos.

Para que la pedrada sea definitiva, es oportuno recordar a aquel que entre nosotros empuñó mejor la honda: “Sólo lo genuino es fructífero. Sólo lo directo es poderoso. Lo que otro nos lega es como manjar recalentado”.

Antes de sublevar a la isla, Martí supo sosegar las falsas esperanzas y nos enseñó a ser responsables en la hora de la rebelión. Faltando, creo yo, todavía algunos años para esto, es momento de que pensemos en Cuba, la que añoramos y la que estamos dispuestos a erigir, objetivamente, como un proyecto difícil, sí, hasta tortuoso, pero real.



Salvemos la memoria

El pasado fin de semana el Cuban Studies Institute cerró sus puertas, o mejor dicho, las abrió para poner en venta, en el tercer piso de un inmueble en Coral Gables, Florida, su colección de obras de arte, libros, fotografías y objetos de variado tipo sobre la isla que, como Jaime Suchlicki, fundador y director del instituto, han dejado atrás millones de cubanos. Coral Gables se parece algo a Cuba, tiene palmas y ríos verdes, y hasta calles cuyos nombres emulan algunas arterias de La Habana, pero Suchlicki, de 85 años y enfermo de diabetes y Parkinson, no pudo encontrar un cubano, uno solo en ese inmenso país que es el exilio, que se ocupara de continuar su trabajo de recolección en uno de los archivos más valiosos de la diáspora. Ahora, la colección es en sí misma una diáspora donde los fragmentos de la nación abandonada se marchan a las casas de los compradores, hacia un nuevo vagar en esta errancia que ha sido nuestro destino de las últimas décadas.

Como las desgracias nunca vienen solas, al otro día de emprender este texto leí con amargura la noticia: Juan Manuel Salvat, el incansable editor de Ediciones Universal, murió en un hospital de Miami, con 84 años y una diabetes que lo dejó en estado de coma. Este librero de Sagua la Grande fue quizás el mayor promotor, en el exilio, de la literatura que se seguía gestando en la isla y más allá de sus orillas, por los cubanos que en el mundo empezábamos a ser. Nos deja el colosal reto de haber editado más de 1600 libros de autores patrios y el inmueble donde radicó por medio siglo la librería de la calle Ocho, que por razones económicas se vio obligada a cerrar en

2013. Espero que a alguien, *allá*, se le ocurra que esa esquina, ese pedazo de patria más cubano que las palmas, debe convertirse en museo o biblioteca. Triste sería asentar con nuestras pesadas cabezas la sentencia melancólica de Salvat: “está muriendo la generación más conocedora de la historia y la cultura cubana”.

Sí, hay que aceptarlo, desde hace un tiempo se nos mueren esos octogenarios que cargaron, junto con el éxodo, la cruz de la memoria. Hace poco, el amigo Waldo Fernández Cuenca nos puso en un aprieto al enviar un texto homenaje sobre Luis Aguilar León, el profeta que murió con 83 años en 2008, esperanzado de ver algún día el renacimiento de la Cuba republicana. Solo encontramos, en toda la red, una foto suya, precisamente en una página asociada al ahora extinto Cuban Studies Institute. ¿Es que a nadie le pareció necesario, *allá*, documentar mejor la imagen del queridísimo Lundy, su vida y su testimonio, tan valiosos para la nación cubana como su propia obra? ¿Ninguna organización benéfica, cultural o educativa, *allá*, ningún millonario de los de *allá* creyó útil salvar y continuar el Cuban Studies Institute o la librería Universal?

Seguro estoy de que estos ejemplos no son los únicos, y a muchos les parecerá un desvarío que un cubano de *acá*, donde el orden del día es la supervivencia o la fuga, les reclame un instante de conciencia a esa porción del exilio que ha trocado la historia por la histeria, que prefiere, por conveniencia o desarraigo, sepultar estérilmente todo rastro de cubanidad, en pos de superar la condición de emigrados que tanto les avergüenza. No es esto, trasnochados compatriotas, lo que los avergüenza, ni hay razón para sentirse avergonzados de la patria que es capaz de reunir el tesoro de Ediciones Universal y tantos

otros. No sigamos confundiendo a la nación con el proceso histórico, o peor, con nuestras decisiones personales. Salvar la memoria es salvar la nación en la que creemos, la que sobrevive a pesar de los procesos y las dictaduras. La memoria es muchas veces la fe en estado de hibernación fecunda, pero para nosotros, que no logramos aun si lo quisiéramos, deshacernos de lo que somos, la memoria es también un puñal, que algún día irá a clavarse en la mano que nos oprime.



Manuel Márquez Sterling, caricatura de José Luis de Cárdenas para ilustrar el texto “La virtud doméstica”.

La virtud doméstica

El mundo contemporáneo padece una desmemoria, muchas veces voluntaria, que tiende a *olvidar* convenientemente aquello que no le sirve para su ideología de moda o a desvirtuar lo que antes fue motivo de orgullo y ejemplo, en un presente donde la persona aspira a ser tan original, propia y falsamente libre como un alienígena sobre la Tierra. Alienados, unos borran del pasado lo que les pueda perturbar el presente; otros, los pillos de siempre, comercian con la historia como una mercancía política. No es que haya alguien inmune a la reescritura de los tiempos pretéritos, pero a menudo no tenemos otra opción: una fuerza mayor nos impele a creer en esa versión de los hechos que, por leonina, debería resultarnos cuestionable.

En fechas como estas, unas décadas atrás, los cubanos recordábamos, por ejemplo, la caída en combate de Antonio Maceo. Era esta una rememoración patria que colmaba los periódicos y las escuelas a comienzos de diciembre. Pronto, tras el '59, la creación de nuevos símbolos para servir a la lectura estática de la historia fue restando importancia a eso de acordarnos, cada año, del prócer que intentó hasta la muerte la extirpación de la metrópoli. Cuba, convertida entonces a una suerte de colonialismo de estado, volvía a tener un poder generador de súbditos, en lugar de ciudadanos. Nadie comprende mejor que el fabulista ideólogo que la memoria puede ser tan peligrosa como una carga al machete.

Mientras los intelectuales minculturados en la isla conversan con el poder sobre colonialismo cultural e influencia extranjera —como si no hubiera en Cuba pro-

blemas más graves y urgentes—, sigue en marcha la operación castrista que consiste en borrar de nuestra historia aquellos legados de democracia, rebeldía y civismo. Si en lo simbólico Maceo ha llegado a valer, como recuerda una obra de teatro por estos días², lo mismo que un billete de cinco pesos en la actual crisis económica, ¿qué queda para esos que fueron separados desde el comienzo del panteón pseudomarxista?

El próximo 9 de diciembre unos pocos, aunque deberían ser muchos, y ya que estamos, todos, nos acordaremos de que hace 90 años murió Manuel Márquez Sterling, gloria de la República e inspiración como patriota, intelectual y diplomático para la nación que unos cuantos anhelamos. No voy a hacerles la semblanza porque Márquez Sterling se ha convertido en un habitual en nuestro medio y quien quiera leerlo o saber de él, puede encontrar aquí, en Memoria Cívica, su presencia omnimoda. El hombre que nos advirtió, con un siglo de antelación, que la histeria sería el estado natural de estos tiempos y que, mientras no nos sorprendiera, aunque nos irritara, seguiríamos siendo esclavos, más que hablarnos parece que nos grita desde su elocuente tumba.

Dense otros el lujo de olvidar o tergiversar el pasado. Yo me atengo, como una ley de vida que aconsejo, al estudio de los hechos y las biografías de ayer, anteayer y aun antes, para ser más responsable en el presente y mirar con más alcance hacia el mañana. A mis colonizados y alienados compatriotas en todas las orillas de este mundo, les recomiendo como un mantra esta fórmula de Don Manuel: “Contra la influencia extraña, la virtud doméstica”.

² La obra es *Moirá criolla*, de la agrupación camagüeyana Teatro del Viento.

De la caña de azúcar al árbol de Navidad

El año 1969, uno de los más intensos en la historia contemporánea, fue quizás un codazo para la posterior caída del sovietismo. Los países de Occidente mirábamos asombrados cómo una sociedad sometida podía disputarle, y hasta sacar ventaja en la carrera por la conquista del espacio, nada menos que a Estados Unidos. Sin embargo, el ardid duró poco, pues el 16 de julio del '69 el alunizaje de tres astronautas yankees dejaba en ridículo al régimen de la URSS, que sólo tres días antes había fallado una importante prueba cosmonáutica. Y lo peor, el socialismo quedaba expuesto en su fracaso: no se puede ganar con sumisión, lo que otros persiguen con voluntad. Los estadounidenses querían ir a la Luna y lo lograron; los soviéticos se mataban trabajando por cumplir una política de estado que muchos ni siquiera entendían. ¿Con tantas carencias aquí, cómo es que aspiramos a conquistar el espacio?

El socialismo es así de alucinante. Más alucinante aún si está expuesto al calor del Caribe, como la Cuba de Fidel Castro, que para la fecha veía hundirse en el mar del estatismo sus ámpulas de imperio azucarero. En diez años de revolución, el tesoro nacional se consumía y la zafra, monoprodueto de la isla, era un rotundo descalabro. Castro incumplía con sus socios soviéticos en el envío de la azúcar prometida, y ya pagada por estos. La Guerra Fría había tenido su calentura con los misiles rojos en La Habana, pero para el invierno del '69 la pateadura yankee se resentía con fuerza en los traseros del socialismo universal.

Castro hizo galas entonces de su esquizofrenia política y de golpe eliminó la Navidad y otras fiestas de origen cris-

tiano. Su revolución cumplía la década con la pureza comunista de ideales impuros para el cubano, como el ateísmo de estado y el trabajo forzoso. Las UMAP³ habían hecho lo suyo, era hora de conquistar, como en una celebración, los diez millones de toneladas de azúcar en una zafra cósmica... y utópica. Siendo el cristianismo, como nos recuerda Medardo Vitier, “doctrina de la voluntad” y “libertad de la conciencia”⁴, esa doctrina y esa libertad sobaban al dictador que logró extirpar la voluntad de los cubanos y durante demasiado tiempo, también, la conciencia.

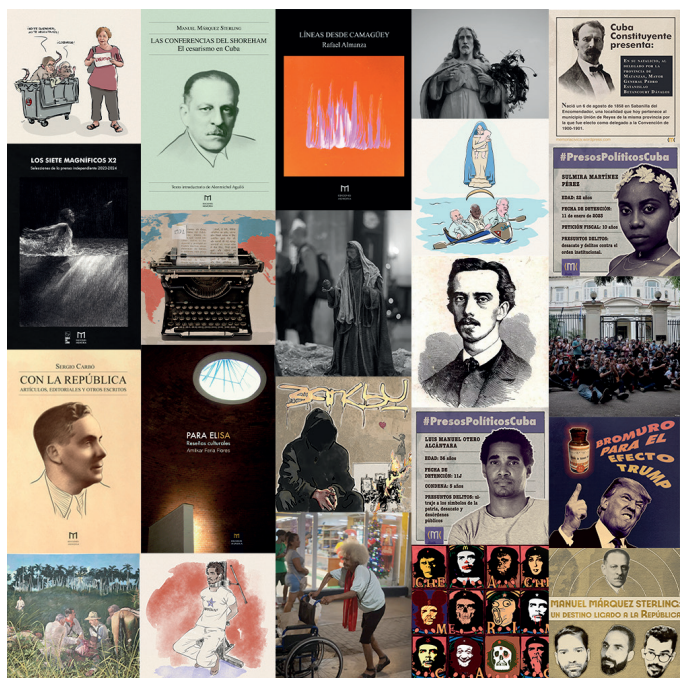
Cristo siguió naciendo cada 25 de diciembre, pero en Cuba debió hacerlo —¡vaya símbolo!— en el interior miserable de las casas, como un secreto. Los tradicionales arbolitos de Navidad, los letreros de *merry christmas*, los villancicos y toda la parafernalia de luces asociada a la festividad, comenzaron a irritar el ojo iracundo de aquel Polifemo. Un pueblo que gastaba las horas cortando caña fuera de temporada, por cumplir el capricho de un tirano, no podía venerar la entrada en el mundo de quien fue tan libre que decidió nacer por deseo propio. La zafra del '70 fracasó, sumándose al largo inventario de chascos castristas, pero el odio a la Navidad se sostuvo como política de la dictadura, hasta convertirse en orden oficial del Partido único en 1995. Los arbolitos alegóricos sólo podrían exhibirse públicamente en lugares frecuentados por turistas, los nuevos dueños de Cuba.

³ Unidades Militares de Apoyo al Trabajo, eufemismo utilizado por la dictadura cubana para llamar a los campos de concentración donde encerraba a religiosos, homosexuales, artistas y disidentes, obligados a un régimen de trabajo forzoso.

⁴ “El sentido de la Navidad”, artículo publicado en *El Tiempo*, el 27 de diciembre de 1940 y con el que Vitier ganó el prestigioso premio periodístico Justo de Lara en la edición correspondiente.

En 1998, un turista de Dios, el papa Juan Pablo II, fue el encargado de negociar para los cubanos la recuperación de la Navidad en su visita a la isla. Juan Pablo llegó en enero, pero desde las pasadas navidades el régimen había permitido el deshielo de las celebraciones, en un intento por reinsertarse en Occidente, tras el aislamiento en el que nos dejó la caída del telón socialista. “Que Cuba se abra al mundo”, pidió el pontífice en un célebre discurso ante miles de personas en La Habana. Castro, cínico desde su tribuna, tuvo que tolerar el apoyo entusiasta de un pueblo cansado al venerable religioso. Más que la Navidad, Juan Pablo vino a devolvernos al camino de la fe, del que estas décadas de socialismo han sido infame extravío. Hoy, cuando la zafra vuelve a ser un naufragio y la crisis nos arenga al exilio o la derrota, los cubanos seguimos buscando una esperanza que nos haga renacer, como Cristo, para la vida gloriosa.

Mientras tanto, Santo, bendícenos con tus palabras:
Aquí cargáis la cruz desde hace 500 años...



Distintos trabajos de Memoria Cívica en el año 2024 (collage).

Balance y año nuevo

Ya estamos en enero de un nuevo año y en Memoria Cívica cumpliremos el primer semestre de trabajo orgullosos de seguir aquí, en Cuba, apuntalando las ruinas de la memoria y ayudando en la tarea edilicia de imaginar un futuro democrático para la isla. Iba a escribir *nación*, pero el término se nos resbala de las manos, tras un 2024 donde la emigración cubana continuó engrosando las estadísticas del desastre. Somos, ahora más que nunca, una diáspora, en la que el mar es apenas otra frontera entre los tantos factores que nos separan.

Los que defendemos la memoria libramos siempre ese doble combate: hacia *afuera*, la lucha contra el desarraigo y el olvido; isla adentro, la pelea contra los demonios de la ideología y la alienación.

Cuando comenzamos el proyecto, en agosto pasado, escribimos que nuestra intención primordial era recordar el tiempo en el que fuimos *ciudadanos*, en toda la dimensión de la palabra. De paso, también, aprender a serlo para el presente que nos ha tocado vivir y contribuir a que la cívica cubana sea, además de un legado, la piedra fundacional para el estado de derechos que muchos queremos, con una democracia responsable y propia.

Algo de eso hemos logrado al superar ya la centena de artículos, entre reflexiones, investigaciones, entrevistas y más, en una labor que esperamos pueda contribuir a la educación cívica de nuestros compatriotas en cualquier rincón del mundo. Igualmente apuntan a ese propósito el podcast sobre la historia constitucional de Cuba, el podcast *Hablando de Memoria*, los nuevos libros publicados y presentados por nuestro sello editorial, los *reels*, la bi-

blioteca y el archivo que conforman la web y las redes sociales de Memoria Cívica.

“Teselar los fragmentos dispersos, y en muchos casos tergiversados, de nuestra civilidad”, decíamos en agosto, y creo que poco a poco esas teselas nos van dejando una casa de la memoria, que es asimismo una extensión de la patria. Para ese fin, y en un ambiente que siguió siendo hostil al ejercicio de las libertades, nos acercamos a la ciudadanía para presentar el proyecto y hablar de derechos en una serie de conversatorios. Esto, que llamamos *acciones cívicas*, nos ha permitido comprobar que hay una parte importante de la sociedad dispuesta a pensar y a actuar por una Cuba democrática.

Desde el comienzo, nos tocó acompañar al pueblo de Venezuela en su lucha contra el fraude electoral, por lo que hemos visto de cerca cómo esos procesos pueden ser largos y tortuosos y es necesario educar para la democracia incluso en esta época oscura que vivimos los cubanos y los venezolanos. Aquí, donde cerca de un millar de personas cumple prisión por cuestiones políticas, hablar de libertades puede ser la manera inmediata de quedarse sin ellas. No obstante, sirva el espacio de Memoria Cívica para dar testimonio y reclamar la libertad de esos que hoy son presos políticos por enfrentar valientemente a la dictadura.

Ya hemos dicho antes que la memoria es “un puñal, que algún día irá a clavarse en la mano que nos oprime”. Que el 2025 la memoria no sea una excepción en Cuba, sino un recordatorio de la grandeza que nos espera como nación y un alegato del Bien.

Dolarizar la libertad

¿Qué tiene que ver una tienda en dólares con la libertad de los presos políticos?

Aparentemente nada, pero en Cuba, donde la economía es una política carcelaria, todos somos rehenes y mercancía.

Especialmente si haces algo por ser rehén.

Ya lo de mercancía es cosa de nuestra irresponsabilidad social y nuestro desparpajo como pueblo.

¿Fueron rehenes nuestros antepasados del XIX?

¿Y los del XX? Los de la República, que algún historiador oficial ha puesto el mote de “rigurosamente vigilada”...

¿Y quién la vigilaba?

El pueblo que compra, manda.

No, no lo dijo un economista liberal.

Lo dijo José Martí, el arquitecto de la República de Cuba libre.

El Delegado del Partido Revolucionario, que reunió miles de dólares para llevar la guerra a Cuba y conquistar la independencia definitiva.

El que acuñó, con su rostro, la moneda del peso cubano, que llegó a valer tanto o más que el dólar.

Sí, sí, en la República que alguien vigilaba, hasta el descuido del '59.

¿Quieres saber cuánto vale un peso ahora?

Mejor nos llegamos a 3ra y 70, donde por unos cuantos verdes nos podremos comprar hasta la Estatua de la Libertad.

Que por cierto, era francesa. Gente conflictiva que protesta por la escasez de mostaza.

Pero claro...

La libertad cuesta muy cara, y es necesario, o resignarse a vivir sin ella, o decidirse a comprarla por su precio.

¿Otra vez Martí?

Siempre Martí, que fue preso político y se hizo un anillo con el hierro de sus grilletes.

En Cuba van a excarcelar a quinientos presos políticos como si fueran rehenes.

En cambio, la palabra Cuba, que debiera ser sagrada, será retirada de una lista que la vincula al terrorismo.

Los terroristas, por tanto, podrán seguir manchando la palabra, mientras predicán la dolarización sin democracia.

Del destino de los presos excarcelados o de los que seguirán en prisión, nadie habla.

A ellos nadie les preguntó si estaban de acuerdo.

Claro, son rehenes, como tú y como yo, con un grado más alto de la dignidad, por haber padecido los grilletes.

¿Ya te hiciste tu anillo?

Terrible es, libertad, hablar de ti para el que no la tiene.

Contra el “diálogo”

No, no estoy contra el diálogo. Por si la dislexia te jugó una mala pasada, escribí en el título de esta reflexión “diálogo”, y no diálogo. Me refiero a un antecedente funesto: el de la plaza de Tlatelolco, en México, 1968, cuando unos estudiantes que pedían dialogar con el gobierno recibieron como respuesta, según contó la escritora Elena Poniatowska, “culatazos y macanazos” y la extraordinaria frase de los represores: “¡Tengan su diálogo!”. Policías acémilas que no sabían decir bien la palabra diálogo, y que probablemente ni conocieran su significado, llevaron a cabo una de las mayores masacres de manifestantes civiles en el siglo XX. Obvio, los policías sólo eran el brazo ejecutor de un gobierno que, aunque pronunciara la palabra con sus tres sílabas rompientes, no conocía ni quería conocer lo que significa dialogar.

Y ustedes tampoco lo saben.

Ustedes, los que malgobiernan y erosionan mi patria, no lo saben, como quedó claro tras la “orden de combate” y los “culatazos y macanazos” y centenares de presos que generaron los sucesos del 11 de julio de 2021.

Pero ustedes, los que se dicen defensores de la libertad de Cuba y condenan desde el exilio la lucidez de un patriota excarcelado que llama a la reconciliación nacional y al diálogo, ustedes, mis queridos, no lo saben.

Los que aún están aquí y hablan de negociar, pero no dialogar, como si negociar no fuera una forma de diálogo, y aborrecen el perdón como si, más que el futuro bienestar de Cuba, les interesara una venganza edmundodantesca, ustedes no es que no lo sepan, es que no quieren saberlo.

Para dialogar hacen falta al menos dos, y como ven ya aquí he citado a tres, o cuatro si contamos a los que, como José Daniel Ferrer, creemos en el posible diálogo y acuerdo de los cubanos. El asunto no es nuevo. Desde la garganta desgarrada de Félix Varela en sus diálogos de Cortes, pasando por los años de prédica y concilio de Martí y su *con todos y para el bien de todos* como propuesta cubana en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, los más sublimes hijos de esta isla han creído en esa fórmula pacífica hasta el agotamiento. En cambio, la mayoría de nosotros ha llegado al agotamiento y al hastío antes de intentar el diálogo. Preferible escapar a ponerse a construir un país que se cae a pedazos. Preferible convocar a la violencia desde la comodidad de un sofá en Coral Gables. Preferible ser cínicos en lugar de escuchar lo que propone el otro, que, por muy distinto, es la primera condición para el diálogo.

Entiéndase bien, no me refiero a que vayamos armados con dudosos *walkie-talkies* para comunicarnos sin interrupción en una misma frecuencia. Por muy encendidas que tengamos las mentes, el diálogo es humo si no pensamos en llegar a un pacto entre nuestras innumerables diferencias. De momento, sabemos que hay una porción de cubanos viles que quieren obligarnos al “diálogo” y al silencio de la cárcel, pero, entre los que sí estamos dispuestos a dialogar y convenir para Cuba, ¿existe ya un ágora?

La palabra tiene un poder, *es* un poder. Durante demasiado tiempo la palabra en Cuba ha sido secuestrada y viciada hasta la deformación violenta. Es hora de que nuestra palabra se escuche por encima de la consigna vocinglera y mentirosa de las ideologías, y no se me ocurre una mejor manera de alzar la voz, sin perder la razón,

que el diálogo plural, átono y si tiene que serlo, por qué no, escandaloso, de todos y cada uno de nosotros, para el bien de la patria.

He dicho.



Érase una vez... la Tierra

¿Han visto alguna vez la serie animada de la televisión francesa *Érase una vez... el espacio*? La mayoría me dirá que no, porque en Cuba sólo transmitieron las temporadas de la serie dedicadas a la historia y al cuerpo humano, y no esta, en la que se explora el cosmos desde una alegoría que hoy parece profética. Y estamos hablando de una serie de 1982... cuando Ronald Reagan gobernaba en Casiopea, digo, en Estados Unidos de América, y la NASA se batía, junto a otras potencias del planeta, en un proyecto de trasbordador que culminó en la construcción de la Estación Espacial Internacional. Unos Estados Unidos del Espacio, ¿se imaginan?

Pero bueno, que me salgo de órbita y está al irse la luz, les resumo por qué la serie no coló en la televisión cubana. En *Érase una vez* los humanos del año 3023 seguimos enfrentados en la eterna e infranqueable lucha entre el bien y el mal. La Confederación de Omega tiene la misión de contener las ambiciones de tres nefastos personajes, que en la versión española de la serie se llaman Tiñoso, Canijo y Gran Ordenador.

Tiñoso es el líder supremo —así, tal cual— de la Confederación de Casiopea; es estúpido, autoritario, habla sin pensar, con escaso sentido común y el propósito de adueñarse del Universo. Canijo es el cónsul de Tiñoso en Omega, no hace falta decir más que el nombre para captar su esencia. Gran Ordenador es el poder tecnológico, que desgraciadamente no siempre está en concordancia con la moral humana y que aquí ha escogido desobedecer a su creador —un científico cansado de los conflictos en la Tierra— para ayudar a instaurar... una dictadura totalitaria —así, tal cual—.

Por supuesto, en Cuba, donde no hizo falta tecnología para eso, mejor no hablar de *eso*. Los cubanos nos quedamos sin ver cómo Pedro, Flor, Pedrito, Kira, Metro, Gordo, Gordito y Maestro derrotaban a la intolerancia, la ignorancia y la avaricia en cada rincón del cosmos. Es difícil creer que esta temporada en el espacio, que se aparta del componente educativo de otros ciclos de la franquicia y es más narrativa y crítica, no guarde relación con un escenario que empezábamos a padecer por la época y que en la actualidad se ha vuelto mucho más explícito: el ascenso de las dictaduras oligárquicas.

Si Albert Barillé, creador de la serie y muy parecido físicamente al personaje Maestro, hubiera visto hoy a Trump, Rubio y Musk, paladines del nuevo orden mundial al más puro estilo de Casiopea, habría telefoneado sin pensarlo a la Policía Espacial de Omega. Por otro lado me pregunto si Emmanuel Macron, que por la época era un niño, habrá soñado con ser Pedro, un líder duro como piedra para combatir el mal, o si simplemente bajará la cabeza ante Tiñoso, digo, Trump, para que Putin se anexe a Ucrania y de paso a toda Europa. Qué difícil ser francés en estos tiempos.

Pero ojo, que en la realización de la serie participaron, además de Francia, España, Bélgica, Canadá, Italia, Japón, Noruega, Países Bajos, Suecia y Suiza. Una coalición de democracias distintas para llevar a los infantes de entonces, hombres y mujeres de ahora, el mensaje de que es posible defender la libertad y los valores humanos, contra aquellos que quieren imponer la hegemonía del odio.

Yo, que a mis treinta años sigo siendo un niño, me descubro en Pedrito y su nave Libélula, remontando los aires sobre un edificio blanquecino de Washington:

—¡Kira!, dame tu arma paralizadora, hay que ponerle freno a esta amenaza.



Representación de un José Martí viejo (imagen generada con ayuda de la inteligencia artificial Grok).

La lucidez del pesimista

Cuando nos dijeron no podíamos creerlo. ¿Cómo es que ese muchacho, José Julián, ha rechazado el plan de los generales Gómez y Maceo? Apenas sobrepasa los treinta. ¿Cómo se atreve a anunciar el fracaso de los que ganaron batallas por la fuerza del machete?

Pero sí, el joven tenía razón. Todavía faltaba mucho y él prefería hablar *en plata*, que es como hablan los que se dedican al oro de la acción efectiva.

Más tarde la guerra, sí, necesaria. Sin embargo, el muchacho, ya un hombre mayor de la Historia, nos advirtió que el triunfo no era todo, y que sería difícil, y que restaba mucho por hacer si queríamos una patria libre y próspera.

Con el triunfo la patria fue, al fin, República. Fuimos libres y prósperos, pero eso no fue todo, porque las repúblicas no son el fin, sino el comienzo de un nuevo tiempo de trabajo, en que el progreso debe marchar parejo a la justicia y la libertad no puede perder de vista al fanatismo.

Escogimos, en cambio, ser fanáticos. Nos embriagamos hasta el punto en que no vimos cómo la democracia pendía de un hilo, jalonada con violencia por todos. Tampoco vimos cómo surgía una nueva raza de tiranos, o cómo al Capitolio, de vez en cuando, le colgaban unas extrañas banderas rojas.

Claro que algunos lo vieron, y hasta lo escribieron y gritaron, pero como aquel documental muy posterior, *nadie escuchaba*.

Nadie, nunca, ha escuchado aquí. Vehementes y ciegos nos pusimos a hablar en una jerga revolucionaria.

Luego, cuando el caos nos pareció suficiente hartazgo, intentamos arreglar las cosas con un papel muy bien redactado al que llamamos Constitución.

Una Constitución que algunos, de los que nunca escuchaban, echan de menos hoy. Un manual de optimismo que resultó una mala lectura de la realidad y que sirvió para un golpe de estado y una guerra civil.

Cuando el que ganó la guerra descendió de la montaña, nos pusimos en una larga fila para aplaudir. Cuando acabó con la propiedad privada, aplaudimos. Cuando fusiló a nuestros compatriotas desafectos, aplaudimos. Cuando se perdió la mantequilla y dejamos de producir azúcar, seguíamos ovacionándolo en la plaza, porque éramos, por encima de todo, un pueblo entero *conquistando el futuro*.

Un futuro luminoso, como el estallido de una katiusha sobre la noche de Luanda, en donde miles de cubanos debían morir para llevar el socialismo a África. El socialismo estaba a punto de morir en el mundo, pero nosotros nos empeñábamos en exportarlo más allá de los tropiezos.

Con los años no tuvimos una *glasnot* o una *perestroika*. Tuvimos un período de profunda crisis económica al que aceptamos llamar, como quien no quiere la cosa, *especial*.

Eso sí, el socialismo del siglo XXI nos prometía baños de petróleo venezolano.

Y nos bañamos y quedamos tan sucios que a muchos no nos quedó más remedio que emigrar, como fuera, tras la muerte del guerrillero.

Escapamos entonces a la tierra pródiga, donde otro vencedor, otro hombre de la montaña, otro guapo, nos resolvería la vida y de paso la de padres, abuelos, hijos,

parientes y amigos que dejamos allá, en la isla del optimismo.

Una vez más nos pusimos a aplaudir. Y votamos en masa por la bestia rubia, que en poco tiempo nos traicionó y ninguneó. ¡Ecce homo!

Mientras tanto, en Cuba algunos siguen esperando el petróleo, da igual si chavista o eslavo, para encender el fogón y que inunde los cielos el aroma triunfal del picadillo.

Y así andamos, en ambas orillas, en el contentamiento, en la bacanería irresponsable que nos tiraniza.

Pero nosotros seguimos sin creerlo.

José Julián, el pesimista, lo sabía:

“Yo no sirvo más que al deber, y con este seré siempre bastante poderoso”.



El autor sostiene su libro *La condición cívica*
(fotografía de Aliannis Sarduy).

La guerra cívica

¿*Ya viste Guerra Civil, la película?*

No la había visto, aunque es del año pasado, así que enseguida fui a buscarla, como deberías hacer tú. No es un gran filme, pero esta columna no va sobre crítica cinematográfica, así que ya podrás imaginarte de que voy a hablar.

Sí, de la guerra civil que se desata en Estados Unidos cuando las Fuerzas Occidentales —integradas por Texas y California— deciden que tres mandatos seguidos de un presidente autoritario ya son mucho abuso, por lo que toman el país.

A la fuerza, que es un tema en el arte desde Homero hasta Alex Garland, el cineasta británico que nos presenta un escenario, como él mismo denomina, *distópico*. Menos de una vuelta al sol desde el lanzamiento de la película, a muchos nos resulta alegórico y peligrosamente profético.

Pero la fuerza también es un tema de la realidad. —No la violencia, que es una deformación vulgar e ilusoria—.

Verbigracia: cuando el pueblo ucraniano se resiste a la invasión rusa y contra todo pronóstico sostiene una contienda en teoría imposible, está haciendo uso de algunas cosas que los norteamericanos de hoy parecen haber perdido: la confianza en sí mismos, el valor del brío y la firmeza de carácter que no elude el sacrificio.

Homero hubiera roto su cítara.

Zelensky casi pierde la calma.

Hay que estar muy adiestrado en el verdadero ímpetu de la vida, para no partirle las getas a mafiosos y guapitos de barrio. La lucha, sin embargo, continúa, porque es la

guerra cívica de un pueblo contra el matón de al lado.

Y la del mundo libre contra los *poderosos*.

Siempre me sorprendió, desde niño, que a estos señores que se erigen en dueños del mundo les llamaran así. Yo me sentía poderoso al resolver un problema matemático o rimar unos versos, de modo que el poder lo concebía de otra manera.

Lo sigo entendiendo de otra manera, como le hice saber al seguroso que me entrevistó algunos días después del 11J. El sujeto parecía sincero en su sorpresa: no había evidencia de que yo hubiera salido en las manifestaciones, y eso *estaba raro*. No soy pacifista, le dije. El tipo, atónito. *Si el pueblo hubiera decidido pasar a la fase de barricada, yo no estaría en esta oficina.*

En esa época era, quizás, muy inmaduro para entender que las barricadas se construyen de varias formas y que la fuerza ya estaba aquí, entre nosotros.

Yo mismo, un periodista independiente de esos que los poderosos de todos los bandos quieren barrer, no comprendía hasta qué punto la guerra cívica es más efectiva. No la *guerra del pueblo*, que es una falacia comunista, sino la que los ciudadanos responsables de una nación llevan a cabo contra la injusticia, el atraso, la desinformación y la mentira.

Yo estaba, entonces, en una barricada, y aquí estoy, envidiando a mis hermanos ucranianos.

Ah, sí, ¿qué como acaba *Guerra Civil*?

Los reporteros —¿les dije ya que los protagonistas son reporteros?— llegan hasta la Oficina Oval para documentar el suceso.

Las Fuerzas Occidentales han derrocado al dictador de los Estados Unidos.

Los soldados sonríen sobre el cadáver.

República poética

Sí, ya sé, son dos esdrújulas seguidas y eso es cacofonía, según Martín Vivaldi...

El que escribió el famoso manual de redacción, que debió ser pariente del otro Vivaldi, el músico.

Esdrújulas, que como todo el mundo sabe, son las palabras más hermosas del español.

Dos palabras que juntas fueron oxímoron para Sócrates en su utopía socialista.

Porque el socialismo, Sócrates, puede constituir repúblicas, pero nunca poesía.

O por lo menos no poetas, así que, de entrada, quien esté celebrando hoy el día de la poesía y los poetas, declárese insurrecto, rebelde, opositor, disidente...

Nunca socialista. Eso es platonismo, y el platonismo está abolido por decreto.

Si al contrario, decide ser republicano, grítele al primer poeta que se le acerque que es un loco y que merece la expulsión del reino.

¿Qué es eso de escribir sin acabar los renglones o intentar ponerle pantalones a una nube?

¿Cuándo se ha visto que el trabajo puede ser algo gustoso, y no una misión hercúlea?

Juan Ramón Jiménez escribía *sobrerrealismo*, en lugar de surrealismo.

Para él, la poesía era la forma más eficaz de penetrar en la realidad.

Una forma erótica, si se quiere.

La metáfora del poeta como un silogismo sublimado, erotizado hasta la médula de lo real que irradia más allá de la existencia cotidiana.

Preguntar, si no, a Federico, muerto de realidad en un mal verso de la historia.

¿Por qué entonces no hablar de una política poética?

De un modo de hacer política que sea más Eros y menos Tánatos.

Digamos que usted es un ser, y no un cero —de esos que componen la masa sin añadir carga eléctrica a la reacción social—, y mira con desconfianza a su gobierno.

Esto se debe, sin dudas, a que la idea que tenemos de la política, y que los políticos se han encargado de reproducir, es una idea tanática que apunta siempre al mal.

El gobernante es malo, hasta que se pruebe lo inverso.

Y si es bueno, nos ocuparemos de desviarlo al mal.

Pero el mal, al fin y al cabo, se destruye a sí mismo, se expone a sí mismo y nos expone ante una realidad que no entendemos, a causa de la perversión de nuestras máscaras.

El bien, en cambio, no se destruye.

El bien erotiza, fecunda, crea.

La poesía, por ejemplo, es una manifestación del bien.

Como igualmente podría serlo una república de ciudadanos responsables, educados en la verdad y la justicia, en la poesía y la música no sólo de las palabras, sino de las ideas y los actos que modelan la sociedad.

Impulsados por el bien hasta las cimas de la inteligencia artificial, la nanotecnología y la computación cuántica, seguimos atrasados en el arte del gobierno.

¿No sería bueno que, en lugar de esos memos, casi memes, que cambian a cada rato, como si fuera el eje de la Tierra, el orden mundial, hubiera políticos creadores, que trabajaran juntos en la tarea urgente de salvar al ser humano y hacer de la vida una experiencia menos fatigosa y más sublime?

Ustedes, si quieren, sigan oyendo al mal.
Yo prefiero escuchar a Juan Ramón:
“Si de cierto amáis la libertad, haced una república
poética”.



Los materiales de una isla

Mi abuela, el ser más entrañable de mi infancia, guardaba entre otros muchos objetos que uno no espera encontrar en un armario, una caja de fósforos de madera. El hecho puede parecer banal, pero para el niño incendiario que fui, descubrir una caja con cerillas del tamaño de la palma de mi mano, que encendían al primer contacto con la tira sin perder la integridad de la cabeza, fue poco menos que una experiencia mágica. Era una caja *de antes*, y como las *de ahora* casi no servían, mi abuela la guardaba por si en el futuro —pensaba yo— nos haría falta para alumbrar la caverna. En Cuba el tiempo funciona así, el pasado nos encandila como un anuncio de neón, y mirar hacia adelante, desde un presente que se gasta como un fósforo inservible, es desolador.

En Cuba, además, la acumulación de objetos del pasado no tiene que ver necesariamente con lo anticuario, el coleccionismo o la memoria. Al menos en las últimas seis décadas, los cubanos de la isla nos hemos adaptado a guardar lo que luego puede ser útil, porque ya hemos aprendido que siempre se puede estar peor aquí, donde lo peor no encuentra fondo. Desde el aceite que se queda en el sartén para freír los plátanos de la semana, hasta la ropa que es mejor dejar para una “ocasión”, o los jabones que persisten en el armario esperando a servirnos en algún hospital sin condiciones sanitarias, la latencia de las cosas adquiere una dimensión de porvenir para nosotros, tan poco esperanzados en el porvenir.

Lo curioso es ver cómo esos objetos del pasado destruyen cualquier idea falsaria de progreso en Cuba. ¿Cómo es posible que un ejemplar del periódico *Granma*, órgano

oficial del Partido Comunista, sea al cabo de una semana sobre la mesa de mi abuelo un órgano oxidado y amarillento, mientras las páginas de la revista *El Figaro*, de comienzos del XX, parezcan recién sacadas de la imprenta? ¿Por qué un fósforo de los 70 enciende mejor que uno de ahora? ¿Por qué las sábanas eran más fuertes, los ladrillos más gruesos, las casas más firmes, los muebles de maderas preciosas...? La respuesta es tan obvia que ya ni siquiera espanta, a pesar de seguir siendo una realidad terrible. Los objetos sobreviven por un tiempo a nuestra ruina material y espiritual, hasta quedar convertidos también en ruinas. Nada se salva.

No obstante, en esta nadería que contagia a las múltiples orillas de la nación, uno se encuentra, así como si fuera una de esas cosas valiosas del pasado, el encomiable archivo que una investigadora ha estado conformando por más de una década. Se trata de Cuba Material, acopio de objetos de la producción socialista en Cuba que empezó María Antonia Cabrera Arús y que hoy es un testimonio colectivo de las carencias materiales y el absurdo de una época fallida. Si bien la intención aquí es otra, esta historia del cubano contada por sus objetos es hija de aquel afán recopilador. Ganchitos de pelo, vasos de ámbar, entradas para un concierto de la Aragón, botellas de refresco, contenedores plásticos, carteras de canutillos, ventiladores órbita, fotos, documentales, nos hablan al oído, al ojo, al tacto, a la respiración de un tiempo inmaterial que está integrado a nuestros cuerpos como un órgano. Y sin embargo, estas que fueron nuestras pertenencias, ya no nos pertenecen, o al cabo no nos pertenecieron nunca. Son la portada de una decadencia que lo cifra todo, del diseño industrial rudimentario a la propaganda alienante.

Quizás para los compatriotas del exilio, esta misión compiladora sea una suerte de arqueología del pasado inmediato, capaz de convertirse en poema de Legna Rodríguez o en dibujo de Dashel Hernández. En cambio, el cubano de la isla sigue refrescándose en los apagones con su viejo y mil veces reparado órbita, bebe el agua cotidiana en vasos de plástico y se informa de la *perestroika*, cincuenta años después, en un número de la revista *Novedades*. Yo, que afronto la pesadilla recurrente de estar un día lejos, me asusto de recordar el sabor del café con leche, el olor del mentol chino o la visión de la pobreza en la pared descascarada. Mientras más honda es la decadencia, más inmaterial se vuelve Cuba, anclada en el tiempo y exiliada de su gloria, como la caja de fósforos de mi abuela, que algún día heredaré y con la que, si la magia de la combustión aún lo permite, elevaré una hoguera, para arrojar en ella mi memoria.



Lo cubano en la política

Ahora que el régimen ha vuelto a ensalzar, con el difícil premio de la cárcel, la inmensa dignidad de dos líderes cubanos, sería justo hablar de esa dimensión humana que los nacidos en esta isla nos negamos a practicar, incluso cuando nos alejamos del monstruo que en apariencia nos la ha mutilado. Me refiero a la política, esa que casi todo el mundo rehúye por problemática, por impura, por emitir siempre un tufo de presidio, insoportable aun para los que vivimos en la colonia penitenciaria que es Cuba.

Mientras el cubano promedio se va desbocado a oír lo que un youtuber famoso tiene que contar superficialmente de su país, José Daniel Ferrer y Félix Navarro, dos líderes de los que apenas ha escuchado o pretende no oír, son devueltos a prisión. Porque el cubano, mondo y lirondo, naufraga en el estrecho de su realidad entre miles de Escilas y Caribdis, desde el “yo no me meto en política”, hasta el “estás preso y no lo sabes”. De no meterse en política están hechos los caminos al infierno. En cuanto a estar preso y no saberlo, es de las peores aberraciones que un ser humano, la criatura más libre de la Creación, ha podido imaginar.

Habría que comenzar por decir que lo que la mayoría de las personas llama política es en realidad civismo, participación ciudadana, simple y llano derecho a pensar, opinar o actuar por el bienestar de la sociedad donde se vive. La conducta cívica es más propiamente un vector que nos impele a todos, y que, desde luego, puede conducir a la política, como en los casos del activista Ferrer, convertido con los años en el líder del partido opositor

Unión Patriótica de Cuba, o de Navarro, el profesor de Física al frente del Partido por la Democracia “Pedro Luis Boitel”.

¿Significa esto que de cualquiera que organice un partido puede decirse que hace política? Pues no. Aunque el diccionario de la RAE no diferencia mucho los términos, la política se distancia de la cívica al pasar de la preocupación por los asuntos públicos, al manejo de estos. Si la cívica es el sentido, la política es la conducción de esos asuntos que debieran desvelarnos como ciudadanos. Pero la cosa no para ahí. Para que la política sea tal, los hombres y mujeres políticos deben tener representatividad. Esto es, contar —en número y cuento— con un grupo de representados, de personas que se identifican con lo que ellos proponen para mejorar la sociedad o, de ser necesario, transformarla.

Por ejemplo, cuando el ingeniero especializado en equipos de Electromedicina, Oswaldo Payá, reunió 11 mil firmas de otros ciudadanos para proponer cambios sistémicos en la Cuba de 2012, estaba rompiendo con décadas de monopolio estatal sobre la actividad política, acudiendo, en realidad, a un acto puramente cívico.

Muy contrario es el caso de quienes, desde una militancia en el Partido Comunista —único legalmente establecido y permitido en Cuba—, contando con una representatividad mentirosa y sobornada, apenas se ocupan de comportarse como personas cívicas, entes enajenados de los problemas sociales, corrompidos y perpetuadores de la corrupción política del país.

En este ínterin demasiado largo, el cubano sigue ejerciendo su pasividad como una inercia que lo arrastra por la vida en un interminable desfile del primero de mayo. Consignas vacías, banderas que no simbolizan nada,

colores deslucidos para un pueblo que insiste en decir, como quien no quiere la cosa, que no se mete en política, cuando lo cierto es que la política, la mala política, está metida en el pueblo como un cáncer degradante.

Gastón Baquero pensaba que ni siquiera Martí, “con ser Martí quien era y con poder lo que podía, hubiese logrado modificar en gran cosa la sustancia difícil del cubano y la situación trágica de nuestra historia”. Más de medio siglo después no creemos que cien personas extraordinarias como Martí puedan arreglar el problema de Cuba, que sobrepasa la pelea cotidiana de los asuntos públicos y tiene como punto de partida la ausencia total de libertad.

Pero he allí el asunto en el que, sin ser Martí, personas como Payá, Ferrer, Navarro y otros cientos que han cumplido o cumplen años de prisión política entienden a cabalidad: *la sustancia difícil del cubano* no puede resolverse con los facilismos de coser y cantar que entonan, desde otras orillas, algunos hermanos del exilio. No puede entenderse la situación de Cuba desde el lente obnubilante de las ideologías o pretenderse que nuestra *tragedia* sea canónica, por muy parecida que haya sido en el modo y los efectos a las de otras naciones.

Es tiempo de mirar hacia Cuba, hacia el verdadero ser del cubano de hoy, sus voliciones, sus anhelos, su psicología, para desenredar la enmarañada madeja de su sustancia y emprender la política buena, la que tiene a lo cubano en el centro de sus estatutos. Para eso hay que empezar por amar a un pueblo cuya experiencia con las dictaduras no ha conseguido extirparle el fanatismo o el mesianismo. Sólo entonces puede llegar, quien se dedique a hacer una política cubana, a la conversión de la tragedia en sacrificio, aunque muchas veces el sacrificio

sea personal y madure en una celda. Soy de la opinión de que, entre nosotros, hay mucha gente intentándolo.

Asimov, Musk y algunos más

A los doce años yo leía *El hiperboloide del ingeniero Garin*, no porque creyera que Alexei Tolstoi, un tipo que me parecía sospechoso por sus loas comunistas, tuviera algo que enseñarme en el intrincado camino de la escritura. En esa época, al deseo balbuceante de escribir, unía mis fantasías de inventar para la humanidad algo que sonara tan extravagante como aquello de *hiperboloide*. Pero la novela resultó un fiasco, como el intento de Garin por pasar de ingeniero a dominador del mundo, con hazañas auríferas al más puro estilo ruso, o la destrucción del sempiterno enemigo yanqui, nada menos que en la —hoy renovada— guerra económica. El propio Garin, asqueado de tanta conquista putiniana, terminó de náufrago en una isla.

Debía imaginar que mi vida sería eso si me dedicaba a la ciencia en el comunismo, de no ser porque soy cubano —lo que es igual a tener el naufragio asegurado— y mis únicas conquistas terminaron siendo la supervivencia y la poesía. Pero entonces se me apareció Isaac Asimov, un ruso que, sin dejar de serlo, se portaba como un neoyorquino. El escritor perfecto, que iba y venía de un género a otro mientras imaginaba toda clase de inventos y mundos, me convenció de gastar cinco años en alguna ingeniería donde purgar mi limitado ingenio, para luego emprender la difícil conquista de la letra.

Sin embargo, la ingeniería en Cuba es una cárcel del pensamiento que conduce, en el mejor de los casos, al exilio. Lo triste es que en el éxodo casi total de mis compañeros de carrera, apenas encuentro a alguien dedicado a las Telecomunicaciones o la Electrónica, esas cosas raras

y fascinantes de las que me gradué. Un panorama muy distinto al de la República, donde la revista *Lux* anunciaba, a todo color, las proezas de la Compañía Cubana de Electricidad, o el *Diario de la Marina*, en su sección de Curiosidades, te enseñaba a manejar un transistor. La tecnología, como punta de lanza del capitalismo, marchaba aquí pareja a la comunicación, la cultura y el progreso. No sólo no hacía falta irse, sino que permanecer era ganancia responsable y mejor.

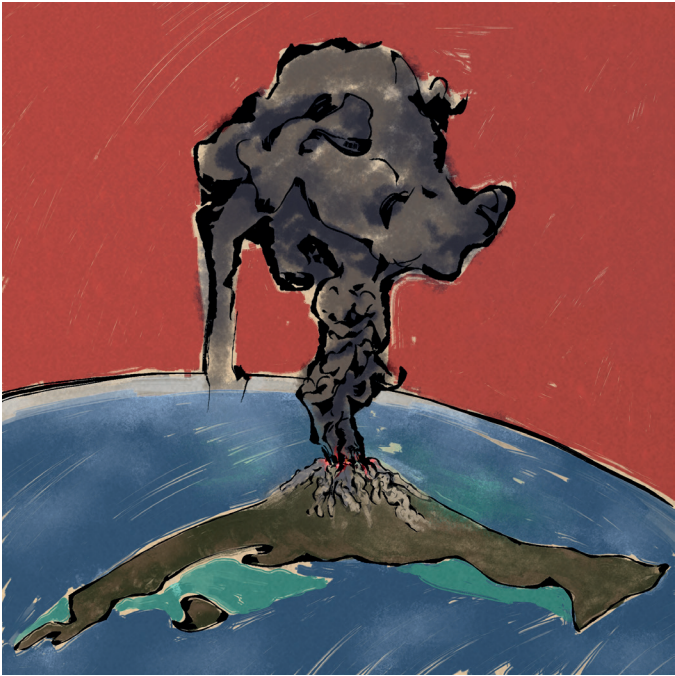
Lo que acabó con esa *lux* y nos trajo el apagón, fácil es decirlo actualmente, fue el hiperboloide social de un tipo llamado Fidel Castro —que no era ningún ingeniero aunque se lo creía y se lo hacían creer sus acólitos—. Pero ya que estamos en la realidad histórica, por muy disparatada que haya sido la nuestra, hay que decir que si algo aniquiló los ideales del progreso republicano fue el resentimiento. Una clase de resentimiento que arrasaba la humanidad desde las revoluciones industriales, agudizado por los nacionalismos que surgieron de la colonización y matizado en Cuba por las características del cubano que poco a poco fueron encostrándose: la pasividad, el apoliticismo, el facilismo... Con esos materiales se hizo el Hombre. Es decir, la Bestia.

La era de los resentidos comenzó quizás con las ideologías individuales de los siglos XVIII y XIX, con Marx —nuestro conocido y desconocido Marx— como colofón. El resentimiento nietzscheano contra Dios primero, y contra una parte de la humanidad después, encontró en el XX su apoteosis. De aquí las guerras mundiales, el socialismo, el fascismo, el terrorismo, las sectas, los cárteles y todos los movimientos extremos que no son otra cosa que expresiones de una honda infelicidad colectiva, pero también del padecimiento individual de los

seres humanos sometidos a la venganza. Los resentidos sólo pueden ser ridículos, como en la ficción de Edmundo Dantés; infelices, como Garin; o ambas cosas, como ese personaje contemporáneo que se llama Elon Musk.

La principal diferencia entre el resentimiento de hace unos años y el de hoy, es que asistimos ahora a un escenario donde alguien con la capacidad tecnológica para desarrollar el rayo mortífero de Garin, cuenta con el poder y la simpatía de los resentidos. Es él mismo un líder del remordimiento, un profeta de la revancha despiadada que está dispuesto a pervertir a la tecnología para el uso de una idea totalitaria. También están los totalitarismos de cajas de cartón, como el cubano o el ruso, pero esa es otra historia. Sin necesidad de llegar a Marte, y cada vez más lejos del núcleo del átomo, por no decir de Dios, encarnamos como nunca a aquellos “asnos estúpidos” del cuento de Asimov.

No, a la Federación Galáctica no nos dejes entrar, Gran Señor.



Ideas de humo

Es difícil decir o escribir algo sobre la situación actual de Cuba. Hoy, quizás más que nunca, se tiene la sensación de estar en un punto muerto. Ya ni siquiera acuden a nuestra burbuja de realidad los hiperoptimismos que anunciaban cada primero de enero, como una letra ecuménica del año, la caída del régimen. O los hiperoptimistas están muy atareados en sobrevivir en un exilio que se ha vuelto, de pronto, inhóspito, o el tema pasó de moda, o no se puede pronosticar más allá de cierta profundidad en la caída sin fondo del gobierno. Uno quisiera encerrarse en el famoso palacio de la mente, tan ocupado de estrategias de supervivencia cotidiana, para que el cóncave de las ideas arrojara una fumata blanca redentora, una idea, sólo una, capaz de salvarnos del vacío al que nos hemos empujado.

Sin embargo, me sale humo. Sí, vea usted, un humo negro como el de una termoeléctrica averiada, un humo de inclemencia, de borrasca, de nube sobrecargada que quiere echar su aguacero de Dios sobre la isla, pero no puede. Un humo de impotencia, de calor y humedad y un humo seco por la lluvia que no cae y la cosa que no cambia...

El otro día, en una de esas existenciales colas, un sujeto inflamaba la habitual discusión entre una ensarta de lugares comunes y salidas de tono. Eso sí, el individuo —cuarentón, camisa a cuadros, moto Suzuki parqueada en el sentido del tráfico— aprovechó que todo el mundo se sumía en el debate sobre el lastimoso presente de Cuba, para dar lo que él consideraba eran los únicos caminos del cubano. Así habló Zaratustra: “en este país, o

te vas, opción que se ha complicado, o te adaptas”. “Y para adaptarte”, continuó, “lo mejor es empezar a hacer más *confortable* tu vida aquí”. *Mi vida aquí*, pensé, como quien dice *El mundo en que vivimos*, una asignatura de Primaria en la que siempre sacaba cien y que, además, me gustaba. Simple. Pero, ¿confortable?

No sé por qué designio de la mente caí, desde la cola para recibir el paquete que me envía la familia, hasta esta escuelita destartada, donde pasé las horas más largas de mi infancia. Aquí, en esta sucia aula donde aprendí a sumar y a dar trompones, una mala profesora intentó enseñarnos que el humo era un sustantivo abstracto, porque, según ella, no se le podía asir. Imagine cuantas cosas son incapaces de asir los niños en Cuba, cosas comunes y necesarias que cualquier niño tiene en otra parte, y que aquí tendría que catalogar de abstractas. No voy a enumerarlas porque usted ya las sabe, y sabe, como yo, que el hacerlo da grima. Pero, ¿confortable?

Escribir sobre Cuba puede llegar a ser como ese exquisito ejercicio del aburrimiento, que consiste en lanzar una piedra sobre el agua para verla dar brinquitos hasta hundirse. Yo he elegido escribir para ver cómo mi mano comunica a la hoja esa fricción temblorosa, ese pensamiento ígneo que descrea de la lluvia, los hiperoptimismos y los adaptados. No puedo hacer *confortable* mi vida, porque, como un niño, no me pertenezco. Puedo, en cambio, incinerar la página, hacer que vuele en miles de virutas la idea y se propague el incendio. ¿Qué puede hacer usted?

Para educar a un represor

No hay que adelantarse en llamar iluso a quien esto escribe, por el hecho de ponerse a escribir bajo el calor de Cuba, el apagón y la desesperanza actual sobre un tema tan absurdo, en lugar de dedicar el tiempo, *todo el tiempo* —¡oh, Eliseo!— a la búsqueda del satori en una beca de estudios, o en una visa mexicana, o sabe Dios qué o cómo o cuál vía para salir del laberinto cretense de la isla. Lo admito, enfrentar al minotauro tiene valor, únicamente, para el joven novelista que acaricia la idea de construir un mito con su vida y su persona, para después sobrevolar la realidad como un dédalo del trópico, no con las alas achicharradas —ya se sabe, *el sol de Cuba no quema*—, sino heladas por la temperatura de un exilio que es capaz de congelar la más adánica caída. Antes de eso, permítanme tirarle piedrecitas al dragón, porque me aburro, me aburro insoslayablemente en este país de largas sombras represivas, donde para escribir otro *Libro de los muertos* bastaría con taquigrafiar una reunión parlamentaria.

Ustedes saben de qué hablo, aunque no muchos de ustedes han tenido el privilegio de sentarse a oír ladrar los perros, o tan sólo a uno de los ¿cuántos? miles de seres que militan en las tropas de la gendarmería política. Cómo una persona llega a ser agente de la Seguridad del Estado, represor nato, perseguidor, apapipio y por ahí para allá... es algo que nos seguiremos preguntando cuando nuestras naves atraviesen el agujero negro en el centro de la Vía Láctea. Allí, donde no tiene sentido la tercera ley de la termodinámica y quizás la cuestión más importante sea si hayamos sido lo suficientemente buenos para acercarnos al Bien, si no resultamos espaguetizados por

esa fuerza superdemoledora, me seguiré machacando las sienes para entender a los franks, christians, johnathans y etcéteras del aparato, que por escribir estas cosas que a ustedes les parecen tan absurdas, me han citado varias veces para mostrarme sus colmillos manchados de rabia. Por otro lado, probablemente estoy exagerando y al cabo de un par de ecuaciones integrales en una maestría de Matemática Superior, en Dublín, los termine olvidando.

A quien nunca olvidaré, y trataré de recordar como experiencias vitales y conocimiento profundo del ser humano, será a ti, represor cotidiano, agente sin agencia, que disfrazado de profesor me hacías preguntas capciosas para analizar mis ideas y reportar a otras instancias que mejor no saber...; que bajo el título de pariente te acercabas a la familia para persuadirme de no publicar esas cosas que publico, que están bien en la casa, pero que pueden traer problemas...; que como dirigente preferías subordinados con “preparación ideológica”, aunque el humo de la caldera siguiera saliendo negro y la termoelectrica se averiara... A ti, chofer de mipyme metamorfoseado en interrogador, vecino que expía a mis visitas, burócrata que traba mis trámites por ser quien soy, a todos ustedes el poeta Dante, que murió en la inocencia de la Edad Media, debió reservarles el círculo más revolucionario de los infiernos.

Pero como, llegado al medio del camino de la vida no tengo ninguna esperanza —mucho menos habitando la llanura de Camagüey— de horadar una montaña para terminar escribiendo la *Divina Comedia*, tengo que decirles que al represor de nuestras vidas se le puede educar. Sí, sí, no mires para el lado mientras lees estas líneas, porque ya que has ejercido tu derecho soberano a reprimirme, bajo la égida de ser otro peón sacrificable en el ajedrez de

la dictadura, ya que te interesa tanto saber quién me paga —y según tu lógica quién me ordena—, qué me motiva a hacer lo que hago, decir lo que digo o vivir con la cabeza orientada al cielo, debes saber que tú también puedes ser un ciudadano libre, investido de derechos, con una conciencia plena que no excluye ninguna forma de pensar, actuar o asumir nuestra historia, nuestra realidad y nuestro destino. Debes saber que lo que vales, lo que eres, lo que puedes hacer en sociedad depende de ti, siempre ha sido tu responsabilidad y tu mérito, y no el logro de una revolución ni mucho menos de un individuo mesiánico, en el que achacar todos los complejos de inferioridad de un pueblo que vive avergonzado de su presente, porque prefirió olvidar el pasado.

Para educarte, comienza por allí, a ver si te extirpas de una vez el virus ideológico y logras pronunciar la palabra República, sin el prefijo *pseudo*. Abandona la retórica de la acechanza imperial, ese cuento con el que la Revolución quiso cerrarnos los ojos a su sueño engendrador de monstruos. Entiende que la democracia no se cultiva aquí desde hace varias glaciaciones socialistas, y que eso que llamamos presos políticos no son delincuentes, sino cubanos dignos que han sido lo suficientemente humanos como para enfrentar al régimen inhumano que insistes en defender. Recuerda: *ley injusta, no es ley*, y debes saber, o al menos intuir, a quien te estoy citando. Por ese mismo y su prédica que ha calado en mí despojada de tergiversaciones, estoy movido a decirte que creo en el mejoramiento de tu persona, que cuento contigo para construir una Cuba donde la permanencia sea más constante que la supervivencia y donde al fin, como pedía el poeta persa, *podamos juntos, gozar en libertad*.

Ahora sí, pueden llamarme iluso.



Aguja de marear

‘Aguja de marear’ era el nombre con el que los navegantes de antaño denominaban a lo que hoy conocemos como ‘brújula’, un artificio en cuyo interior una piedra imán empujaba siempre al norte de la rosa náutica a una pequeña aguja, permitiendo la orientación segura aun en los más inhóspitos mares. Para mí, que crecí entre novelas de mar y experimentos de física, el concepto, la idea y las palabras mismas me resultaban poco menos que mágicas. Pasados los treinta, sigue fascinándome esa terminología marina, y quizás por eso escribo de vez en cuando estas *bitácoras* de un naufragio que no es mío solamente, pero que insisto en padecer de proa a popa, contra viento y marea.

No soy el único, tampoco, en soportar esa maldita circunstancia *que nos rodea como un cáncer*. Ni seré el primero que se atreva a la sisifiana tarea de levantar, como quería Virgilio, la nación en peso. Enfermo de isla, busco respuestas en las costas ignoradas de la historia, en los galeones hundidos de nuestro pensamiento, en los avisos escritos en la arena del pasado, que algún día borró la infeliz coyuntura.

En ese oteo *de profundis* me he vuelto a encontrar con las palabras de mi infancia: *Aguja de marear*, sección que a mediados de los 50 del siglo pasado comenzó a aparecer en la página 4 del *Diario de la Marina*. Para los menos enterados: se trataba de la página más importante de uno de los periódicos más importantes —y el más longevo— de Cuba. La primera, entre tantas cosas curiosas de esta sección, es que era una columna colectiva, donde varios periodistas se turnaban para escribir, en espacio reduci-

dísimo —menos de 500 palabras— un artículo breve y sesudo sobre los variopintos temas de la actualidad en curso. Lo segundo —o tercero si contamos la brevedad inusual— es esas enigmáticas firmas que se limitaban a unas iniciales; entre las más frecuentes: G. B., J. M., F. I., R. S. S... No es difícil desentrañar aquí a algunos de los columnistas estrellas del *Diario*: Gastón Baquero, Jorge Mañach, Francisco Ichaso, Rafael Suárez Solís...

Si estos señores llevaban arduas columnas en el mismo periódico —“Panorama”, de Baquero; “Glosas” y luego “Relieves”, de Mañach; “Acotaciones”, de Ichaso; “De las artes y las letras”, de Suárez Solís—, ¿para qué el *tour de force* de escribir un artículo que debía ser, además de conciso, orientador, para un público que, triste es reconocerlo, tal vez para la época ya estaba demasiado desorientado? Pues precisamente por esto. En un país donde campeaba la dictadura, donde la violencia era el lugar común de las luchas políticas, mientras otros intelectuales se quejaban de no poder “dormir a pierna suelta”, el portulano de G. B. nos guiaba, nada menos que un 24 de febrero, hacia el espabilamiento de la conciencia. Oigámosle:

Necesitamos todavía muchos toques de diana, muchos llamados al despertar, muchas incitaciones a la vigilia —extraídas de aquella música singular que fueron el ímpetu idealista, la voluntad poética, el desafío moral o las realidades insoportables—. Nada interrumpe ahora el dormir, porque se ha dejado de soñar.⁵

⁵ “¿Qué se ha hecho de la diana?”, en *Aguja de marear*, *Diario de la Marina*, 24 de febrero de 1956.

Incluso cuando se hablaba en la sección de temas del espíritu, como el arte y la cultura, un crítico como R. S. S. aprovechaba para dejar la advertencia severa, para poner el dedo en la llaga de la situación:

(...) lo abstracto en la pintura es algo así como la primera visión del futuro después de la guerra termonuclear. Y peor si no fuera eso lo mejor. Sino que lo peor fuese lo que prevé Aldous Huxley en su novela *Mono y esencia* para después de la guerra atómica. Un mundo de mandriles por toda humanidad.⁶

Lo que querían estos intelectuales cívicos no era distinto de lo que algunos aspiramos hoy, en una humanidad cada día más mandrilesca, y en una isla adormilada. Escribir, hablar, pensar para el mejoramiento de los otros, que a fin de cuentas somos nosotros mismos, todos, la sociedad, la nación, el país, es conservar la piedra imán de eso que todavía, a pesar de los pesares, llamamos Cuba. Como ellos en su tiempo, somos muchos los que insistimos en mover la aguja hacia los nortes posibles de la democracia, la libertad, el progreso. Pero antes que la brújula, lo que viene faltándonos a todos, para saldar este naufragio, es que estemos dispuestos, verdaderamente dispuestos, a navegar.

⁶ “Un rumor universal”, en *Aguja de marear*, *Diario de la Marina*, 28 de febrero de 1956.



Del autor

Mario Ramírez Méndez (Camagüey, Cuba, 1994). Poeta, editor y periodista independiente. Graduado de Ingeniería en Telecomunicaciones y Electrónica por la Universidad Central de Las Villas, en 2018. Autor de los libros de poemas *Corolarios* (Ediciones Homagno, 2019) y *Los días* (Ediciones Homagno, 2022), así como del álbum-investigación *Un cuarto de siglo con Martí. La Peña del Júcaro 1995-2020* (Edición conjunta Homagno-Grupo Ánima, 2020) y la recopilación de artículos periodísticos *La condición cívica* (Ediciones Memoria, 2023). Coordina la colección independiente Ediciones Memoria y la plataforma Memoria Cívica.

Índice

Nota	5
Por una memoria cívica	7
El pueblo libre de Cuba está con Venezuela	9
La Olimpiada de las dictaduras	11
Antes de enseñar, aprender	15
Cubano, ¡súmate!	23
Fahrenheit Cuba	27
Abel Lescay: poesía contra el miedo	31
Instrucciones para derribar un muro	35
¿Existe la República de Cuba?	37
Sé feliz, como Kim Il-sung y Kim Jong-il	41
Al rescate de la nación: del periodismo a la Memoria Cívica	43
La dictadura de lo popular	47
La caverna	51
El baño de luz	57
La revolución es un ojo sin alas	59
Bromuro para el efecto Trump	61
Salvemos la memoria	65
La virtud doméstica	69
De la caña de azúcar al árbol de Navidad	71
Balance y año nuevo	75

Dolarizar la libertad	77
Contra el diábolo	79
Érase una vez... la Tierra	83
La lucidez del pesimista	87
La guerra cívica	91
República poética	93
Los materiales de una isla	97
Lo cubano en la política	101
Asimov, Musk y algunos más	105
Ideas de humo	109
Para educar a un represor	111
Aguja de marear	115
Del autor	119